



22112106

OLAROID



22112106

OLAROID

LA SUERTE DE LOS CANALLAS



22112106

OLAROID



22112106

OLAROID

VÍCTOR HERRERO

La suerte de los canallas

Víctor Herrero

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

©Víctor Herrero

La suerte de los canallas

Maquetación: Víctor Herrero

Diseño de portada: Mari Luz Montes

Corrección: Mina M. Ladoc

Editorial: Independently published (11 de julio de 2024)

A mis padres, por demasiadas cosas

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

LA HISTORIA DE JUAN

CAPÍTULO 2

LOS MUNDOS DE MILA

CAPÍTULO 3

LA VERSIÓN DE COVI

CAPÍTULO 4

LA VERDAD DE JAVIER

AVISO AL LECTOR

AGRADECIMIENTOS

NOTA DEL AUTOR

CAPÍTULO 1

LA HISTORIA DE JUAN

Juan llegó apurado. No era más tarde que otras veces, pero ese día quería ser puntual. Una cena para calmar los ánimos, para resolver el problema que tenían encima. Era un planteamiento de mierda. Y el motivo por el que había dejado una importante partida de póker. El póker representaba una nueva manera de hablar de negocios —más informal y donde nadie podía ocultar quien era—, igual que tiempo atrás lo habían sido las cenas en restaurantes de moda o los partidos de golf.

Estaba a punto de encontrarse con sus antiguos compañeros del instituto. En una reunión promovida por Javier, cuya novia, Mila, se había encargado de preparar, como si fuera un evento divertido en esas fechas de saturación, justo después de las comidas de Navidad... Estaba claro que los dos sabían manejar a la gente, cada uno a su manera.

Además, los ánimos entre su grupo de amigos no estaban bien. Era indudable. ¿Y qué era eso de que habían encontrado una solución? Juan no se lo creía del

todo. Temía que aquella reunión se convirtiera en un encuentro en el que simplemente hablaran de lo desdichados que eran y se lamieran las heridas. Eso era muy del estilo de Javier, un vendemotos de primera división. Porque hicieran lo que hicieran, ese cabrón se había quedado con su dinero. Y que él supiera, no había manera humana de localizarle. Aunque a lo mejor estaba equivocado y de verdad podían resolver aquel entuerto. Si era así, alguien tenía información que no compartía con él.

Eso estaría feo. Estaría feo y habría sido una cabronada impensable hace unos años. Aunque en esos momentos... ya no sabía qué pensar.

En el instituto, Juan había sido el líder del grupo. Entonces todos asumían su carisma. Y le seguían. Sin embargo, en los últimos tiempos había tenido un par de discusiones. Siempre con las mismas personas. Algunos de sus amigos lo tildaban de liberal y egoísta. ¡Como si eso fuera un pecado! Porque él no vivía en el mundo de la piruleta ni era un hipócrita. Porque se mojaba en sus opiniones sin andarse con rodeos ni prestar demasiada atención a lo que quedaba bien de cara a la galería. Estaba claro que le tenían envidia. Él trabajaba de arquitecto con varios proyectos en marcha, asociados a grandes multinacionales. Algo que le había permitido vivir de una manera desahogada y ahorrar una buena cantidad. Para jorobarlos más, se cuidaba lo suficiente. Y parecía más joven que los 33 años que mostraba su

carnet, a diferencia de algunos de ellos, a los que la misma edad ya les estaba pasando factura.

Juan subió las escaleras del portal. Ese maldito ascensor nunca funcionaba. «Las ventajas de vivir en el centro» pensó con ironía. Los materiales de esas construcciones estaban para tirar y la ornamentación ya era antigua en el siglo pasado. Pero a todos les parecía una idea estupenda quedar en casa de sus dos amigos porque estaba en el centro. Tampoco quería culparlos. Alguna vez se había ofrecido él para juntarse en su domicilio de la localidad madrileña de Boadilla del Monte. Había que reconocer que preparar la comida y el resto de los detalles para que sus compañeros estuvieran a gusto era un curro poco agradecido. Entendía que nadie se quejara si las cosas se las daban hechas.

Llamó a la puerta del 2A con los nudillos. Nunca le habían gustado los timbres de los portales. Y menos los timbres de una casa del centro. Tenían poca personalidad. Y bastante mugre. Tuvo que repetir la operación dos veces más de forma enérgica. Al otro lado se oía el murmullo de las voces. Sin embargo, nadie parecía percatarse de que estaba allí. Cuando iba a claudicar, acercando su mano al asqueroso botón, la puerta se abrió.

Mila estaba frente a él, sonriente, como si no hubiera perdido unos minutos preciosos de su vida.

—Llegas justo a tiempo —afirmó ella con un gesto galante del brazo que lo invitaba a entrar.

—Llego tarde, pero no me cambies de tema. ¿Qué cojones hacíais que no abríais?

Mila hizo un ademán para cogerle el abrigo, exhibiendo su boca perlada.

—Yo también me alegro mucho de que hayas llegado, Juan.

—Sí, sí, la culpa es mía. Igual que siempre.

Ella lo cogió del brazo y avanzaron por el recibidor. Estaba muy guapa, había que decirlo. No era de esas mujeres que te dejaban babeando a primera vista. No explotaba su belleza de una forma consciente, a pesar de que era hermosa. Sonreía continuamente. Te decía algo amable y te tocaba en el brazo de manera atenta. Daba igual que tuviera ese aire *hippie*, el cabello alborotado o el vestuario amplio y destartalado. Te sentías a gusto con ella. Además, era una cachonda. Algo irresistible para cualquier tío.

Accedieron al salón, donde él jamás se había encontrado cómodo. Le sangraban los ojos al contemplar ese caótico espacio, repleto de fotografías de paisajes exóticos y estanterías con infinidad de libros sin orden alguno. El lugar mezclaba el estilo moderno de la pintura de las paredes con muebles envejecidos y una carpintería de tonalidades claras de puertas y ventanas. Como si los propietarios no tuvieran muy claro de qué forma querían ornamentar su casa o —lo más probable— como si no tuvieran ni puñetera idea de ello. Tampoco es que Juan fuera un experto en decoración, pero el lugar

chirriaba lo miraras por donde lo miraras. Las ventanas tenían cristales finos, perfectos para escuchar todos los ruidos y molestias de la calle. Las lámparas eran unos focos de led que daban una luz amarillenta de manera endeble en direcciones contradictorias, sin llevarte a ningún lugar concreto. La mesa principal, oscura como el carbón, estaba vestida con un mantel de una tela blanca, ideal para mancharse bien ante cualquier acontecimiento culinario. Los platos eran de cerámica azul y blanca; y la cubertería metálica, de Ikea. Luego estaban las sillas. Siempre había menos sillas de las que debía haber, o más, dependiendo de la ocasión.

Juan se soltó de Mila y fue hacia la cocina. Allí estaba Javier, cocinando, que iba con un pantalón bastante lamentable, seguramente comprado en alguna cadena de ropa barata, muy a su estilo. Eso si no lo había rescatado de algún mercadillo. A lo que sumaba una camisa arrugada de colores que no tenían previsto estar de moda en los próximos años. Tampoco se podía esperar mucho de él en cuanto a estética. Curiosamente era un tío inteligente, a pesar de que se empeñaba en mostrarse al mundo como si fuera un vagabundo. A su lado estaba Covi, de pie, con la estampa de una guapa modelo a la que admirar. Llevaba un vestido rojo, ajustado, que marcaba sus curvas de manera erótica, de esos que tienen una cremallera en la espalda con la que poder fantasear, para los que como a él no les gustaba tirar de imaginación.

El vendemotos de Javier estaba sudando. Sudaba en grandes cantidades. Un torrente de varios centilitros recorría el casi metro setenta que lo sustentaba. No iba a buscar en Google qué cantidad de sudor puede emitir una persona por el cuerpo —estuvo tentado a hacerlo, aunque no lo hizo—, pero ese volumen de sudor era demasiado. De eso estaba seguro.

Los saludó y fue a aclararse la garganta a la nevera.

Al coger la cerveza y abrirla, Javier se chocó con él.

—¿Puedes tener más cuidado? —le increpó el vendemotos de forma grosera.

—Solo quería una bebida —apuntó él, mientras sorteaba el cuerpo nervioso de su amigo, que no paraba de moverse sin ton ni son—. Ya me voy para no molestar.

No quiso decirle nada al *cocinillas*, pero había vertido parte de la lata al chocar. Luego el que tenía malas pulgas era él. Y el egoísta. Emprendió el camino de vuelta al salón. Lo que estuvieran cocinando allí no tenía buen aspecto y no estaba dispuesto a cargar también con las culpas de eso.

—Espera, antes de que te vayas —intervino Covi con su voz melosa—, haz algo útil. Se nos ha roto el único sacacorchos que teníamos. ¿Puedes bajar a comprar uno?

Se encogió de hombros. ¿Qué demonios iba a contestar a eso? ¿Que no le apetecía para seguir siendo el malo?

—Yo te acompaño —añadió Mila, mientras asomaba por allí sin dejarlo reaccionar.

Se giró hacia ella, tratando de poner buena cara.

Bajaron por la escalera. Estaban reformando el ascensor, según Mila. ¡Qué manera tenía de ver las cosas!

En la calle, fueron a un negocio regentado por chinos. Dejó que ella se encargara de la compra y volvieron en un tranquilo paseo hacia el portal.

—¿Qué tal todo? —preguntó Mila.

Juan odiaba las preguntas trampa. Y no había una pregunta más mal intencionada que esa. Mila quería saber de Esther. Bueno, a lo mejor sabía más de Esther que él mismo. En realidad, quería que le chismorreara sobre sus problemas con ella, de la que se estaba separando, y que era a su vez la mejor amiga de Mila.

—Sé que lo estás pasando mal —continuó ella ante su mutismo.

Estaba en una encrucijada. Mila era una experta en atraparlo y no tenía a dónde huir. Ella lo cogió por el brazo, mientras avanzaban por la acera.

—Tú sabes demasiadas cosas —atinó a decir.

—Te conozco —prosiguió ella—. No puedes evitar sentirte culpable.

—Sí, me conoces. Y yo a ti. Y sé lo que pretendes.

—Entonces, cuéntame. ¿Cómo estás? Noto enseguida si te pasa algo.

—Estoy un poco agobiado. Ya sabes, por la situación con Esther. Sé que me habrá puesto en vuestra contra. Y que habrá contado mil mentiras sobre mí.

—Yo no suelo hablar de ti con ella. Intento dejar apartado ese tema. Pero hay algo más, ¿no?

—¿Estás de broma? Claro que hay algo más. Lo de la jodida lotería.

—¿Tanta falta te hace el dinero?

Dudó si sincerarse con ella. Enseguida se dio cuenta de que ya conocía la respuesta a esa pregunta. Eso lo sabían hasta los más tontos del barrio. Esther la habría puesto al día sobre su necesidad de liquidez para mudarse a una casa más grande que el cuchitril que había alquilado temporalmente. El dinero que tenía ahorrado lo quería para invertir en unos inmuebles que, si funcionaban como suponía, podrían suponer su jubilación anticipada.

—¿A ti no te molesta lo que nos ha hecho ese cabrón?
—preguntó intrigado.

—No me ha arrebatado nada que tuviera.

—Ese dinero es nuestro —contrargumentó él—. Y a todos nos vendría de perlas para mejorar nuestras vidas.

—Mi vida es estupenda. No digo que no me viniera bien, lo que no creo es que mejorara por el dinero. Si ha ocurrido así, será por alguna razón.

—¿No te gustaría viajar? Puede ser la oportunidad que llevas tiempo esperando.

—Ahora no es un buen momento. Javier y yo estamos hasta el cuello con nuestros negocios. Y la verdad, no tenemos tanto ahorrado.

—Por eso lo decía.

—Viajaré cuando pueda, cuando corresponda. Ahora no es el momento.

—Entonces, todo perfecto, ¿no?

El silencio los acompañó los siguientes pasos. Era imposible un punto de encuentro.

—Esther no me ha puesto en tu contra —continuó Mila.

—Claro.

—No digo que no lo haya intentado. Solo que no lo ha hecho.

Ya estaban llegando. Se habían ido apretando el uno contra el otro según se acercaban al portal, fusionando sus posturas corporales de manera sincronizada.

Ella sacó la llave y entraron atropelladamente. Mila se lanzó sobre Juan. Lo besó en la boca. Él aplacó su sorpresa inicial besándola también, con pasión. Después, agarró con fuerza sus nalgas. Parecían dos amantes furtivos entregados a un amor prohibido. Parecían. ¿Es lo que eran? Ya no sabía lo que eran. Porque con Mila era imposible *ser* nada de una manera estable.

De vez en cuando se veían. La excusa era lo de menos: que si ella necesitaba hablar con un amigo, que si quería preguntarle un asunto a nivel profesional... No todo era culpa de Mila. Él acudía a su herbolario los días que tenía

más o menos libres. Se presentaba sin avisar. No le gustaban los WhatsApp ni las llamadas de móvil. No los usaba con ella. Le sería muy difícil explicar ciertos mensajes en caso de ser descubiertos. Y que los vieran en la calle o donde fuera podía ser una simple coincidencia o un encuentro entre amigos.

Todo comenzó el día que enseñó a Mila el piso que tenía para alquilar en la calle Ferrocarril. No era para ella, lógicamente. Pero su amiga insistió en ir a verlo antes de comentarle nada a su compañera de trabajo. Esa a la que podía interesarle el estudio poco luminoso que acababa de quedarse sin inquilinos y suponía un buen sustento para Juan. El estudio tenía poco que enseñar. Justo lo contrario que Mila, que dejó caer uno de los tirantes del vestido de flores que llevaba ese día. Él, que nunca se había caracterizado por el autocontrol, se dejó llevar por una situación más propia de una película de contenido para adultos que de la realidad. Y desparramaron su deseo por el suelo, creando un precedente del que no se sabían despegar. A esa primera vez le siguieron encuentros cada semana o semana y media, según tuvieran las agendas.

Los dos intentaban resistirse, sabían que aquello tenía que acabar. Lo que no querían saber era cuándo. Y en ese juego pueril y abocado al fracaso llevaban inmersos desde hacía demasiados meses, mientras se equivocaban y transcurrían los días, con sus trabajos y

familias de fondo que únicamente aportaban vergüenza y culpa.

En el portal, Mila lo abrazó con sus piernas, mientras se sostenía de pie, como un pilar que aguanta una estructura quebradiza a punto de caerse. Ella le propinó una batería de besos por diferentes partes del rostro y el cuello. Él caminó hacia una zona más oscura y recogida, entre los trompicones y mimos, cuidándose de no hacer demasiado ruido, con su amante subida al tronco cual garrapata chupasangre. De pronto eran dos adolescentes gobernados por las hormonas y la lejanía del futuro. Cada paso parecía más complicado que el anterior para mantener el equilibrio.

Cayeron al suelo y estallaron en carcajadas justo en el momento en el que alguien abrió la puerta de la calle. Juan tapó la boca de Mila. Un hombre entró, miró hacia su ubicación clandestina y sostuvo la vista unos segundos difíciles. Era Andrés. ¡El hombre que miraba hacia ellos era Andrés!, otro de sus amigos. Debía llegar tarde a la reunión. El muy capullo.

Los amantes trataron de no respirar, fusionados por sus extremidades y una delicada incertidumbre. Lo mejor era no moverse, no hacer nada, no mirar demasiado...

Su amigo dejó de escrutarles y cogió las escaleras hacia arriba. Sin más. A lo mejor no había distinguido quiénes eran. Ellos estaban en penumbra y seguramente, desde su posición más iluminada, no

habría podido identificarles. O a lo mejor sí, y se había hecho el despistado. Porque Andrés era de esa forma de ser. La típica persona capaz de fingir que no se había enterado de nada y guardarse esa información para cuando fuera más inoportuna. Era algo que Juan no tenía ninguna prisa en comprobar. Aquella situación le había revuelto el estómago.

—Se acabó —zanjó él, según se zafaba de Mila y se levantaba del suelo.

—Ha estado cerca —dijo ella, mientras se incorporaba a la vez con una sonrisa aún en el rostro.

—¿No me has oído? Digo que se acabó.

—¿El qué se acabó?

—Esto... Lo que diablos sea esto... Se acabó —insistió, mientras se sacudía con energía los pantalones como si quisiera arrancarse la vergüenza—. No podemos seguir viéndonos y revolcándonos igual que quinceañeros que creen en vampiros y van al instituto. Tú tienes pareja, mi ex es tu mejor amiga y no está bien. No está bien.

—Tranquilo. Sé que te ha alterado lo de Andrés. A lo mejor no se ha dado cuenta de que éramos nosotros.

—Me da igual lo que haya visto Andrés. Tenemos que dejar de acostarnos.

Mila lo miró, haciendo como si no lo escuchara, igual que siempre, y cambió de tema:

—Anda, subamos. Estarán esperándonos para el sacacorchos.

Al llegar a la casa, estaban casi todos en el salón, en torno a la mesa pequeña, tomando patatas de bolsa y embutido cortado con poco gusto, en lonchas gruesas y desiguales.

—Ya veo que nos habéis esperado para abrir el vino —soltó él.

—Tardabais tanto que hemos decidido abrirlo a lo antiguo, metiendo el corcho para dentro —comentó el vendemotos, mientras no paraba de zampar con una evidente mala educación—. ¿Qué estabais haciendo?

—Había cola en el chino —solventó Mila a la vez que se acercaba y cogía uno de los aperitivos desplegados por la mesita auxiliar.

Juan se acercó al grupo con el gesto desconfiado. Agarró la botella de vino y caminó hacia la cocina en busca de un decantador.

Allí, la situación no mejoró. Andrés estaba cogiendo un vaso del fregaplatos, como si fuera alguien inocente que no hubiera hecho saltar por los aires todas las expectativas de esa noche. Su amigo iba con el uniforme: los mismos pantalones y jersey que las últimas veces que lo había visto. En el fondo, era un tío simpático; en ocasiones, hasta divertido. Lo que le mosqueaba de él era que casi nunca hablaba, igual que alguien del que no te podías fiar.

—¿Acabas de llegar? —preguntó Andrés según lo vio aparecer—. Pensaba que sería el último. Olvidaba que tú también vendrías.

—¿Por qué no iba a venir?

—Tranquilo, no lo digo por nada. Solo es que la última vez que coincidimos te noté tan mosqueado que vete tú a saber...

Sabía a qué se refería. Optó por ignorarlo. Tomó el decantador de uno de los muebles altos, agarró el vino y empezó a verterlo para que respirara un poco, cambiando de tema:

—En realidad, he llegado antes. Lo que ocurre es que he bajado a comprar un sacacorchos que parecía que hacía falta.

—¿Has bajado tú solo? —cuestionó Andrés—. ¿Has podido encontrar una tienda en el centro? Con lo que odias este barrio.

—Me he apañado. Anda, vamos con los demás —apuntó él según terminaba de volcar la botella.

Andrés salió cuando apareció Javier. Cruzó un par de palabras con el recién llegado y volvieron ambos al salón.

Enseguida, el murmullo del habitáculo se transformó en silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó él—¿Interrumpimos alguna conversación interesante?

—Acabábamos de comentar que debíamos pasarnos a la mesa grande y comer —apuntó Covi.

Como si eso fuera una explicación. Y Javier dio una voz.

Enseguida se dispusieron a recoger el aperitivo, a llevar el pan, el marisco... Igual que un conjunto ordenado de sectarios que siguen a un líder equivocado y fanfarrón.

Él ayudó con unos cubiertos. Después aprovechó para tomarse una cerveza sin atragantarse.

Se sentaron alrededor de la mesa. Le tocó al lado de Covi. ¡Al fin algo bueno ese maldito día! Ella se juntó un poco más a su silla. Le sonrió y aprovechó para un nuevo repaso a la anatomía de su amiga. Un paneo desde los tacones a su pelo castaño, perfectamente peinado. Ella, tan acostumbrada a los vistazos robados, le mantuvo la mirada. Era una mujer increíble, con una seguridad en sí misma que podía desmontar a cualquiera. Razones no le faltaban. Trabajaba en el Banco de España, de interventora o algún puesto de ese estilo. Desde luego, un alto cargo que le permitía mantener los tres divorcios que tenía a sus espaldas.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella.

—Tengo ganas de ver a qué nos lleva esta reunión —respondió él.

—Yo también estoy expectante, pero creo que primero comeremos. Mientras... a disfrutar de la compañía, ¿no?

La miró con un gesto cálido, muestra de la complicidad que había entre los dos. Covi no solo era un bellezón, era una tía lista y no hacía falta explicarle ciertas cosas.

Los del grupo se veían dos veces al año. Siempre en las mismas fechas. En julio, Mila organizaba una comida informal por alguna terraza de Madrid. Quedaban con el pomposo objetivo de hablar sobre sus planes de vacaciones. La segunda solía ser a primeros de diciembre, con la intención de coincidir antes de las

Navidades. Entonces se preparaba una cena en la casa de alguien que en bastantes ocasiones resultaba ser la de Mila y Javier. En esta ocasión, se felicitaban las fiestas y era el momento en que uno de los del grupo, Gonzalo, les llevaba un décimo de lotería que compartían para el sorteo de Navidad. Siempre el mismo número, el 00829, que coincidía con el de una habitación del hotel Saratoga en Palma de Mallorca. El lugar donde hacía unos cuantos años, durante el viaje de fin de curso, quedaban para jugar a las cartas o contarse sus confidencias adolescentes. Esa estancia fue el punto exacto del planeta donde se terminó de forjar su amistad. A parte de estas dos ocasiones, el resto del año se telefoneaban, unos quedaban esporádicamente con otros..., aunque nunca todos a la vez. Así lo tenían montado. No era necesario más.

No obstante, esa era la segunda vez en pocos meses que rompían con la tradición de no verse más de lo acordado. Y como si una maldición cobrara su deuda, la situación se había vuelto patas arriba. Por ese motivo estaban en la mierda.

La primera vez que se habían saltado su propia costumbre había sido unos sesenta días atrás, en la inauguración del herbolario de Mila. Un negocio que había abierto en la calle del Olvido, del madrileño barrio de Usera. Ese día, el 26 de noviembre de 2018, acudieron todos, incluso Gonzalo. La anfitriona preparó una jornada de puertas abiertas y luego se fueron a

comer de picoteo a un sitio cercano a la tienda. Gonzalo llegó un poco apurado, nervioso, y tuvo sus más y sus menos con algunos de ellos. También con él, que no sabía ni quería callarse cuando alguien lo increpaba, simplemente porque el otro tuviera un mal día. El resultado: ese chalado se enfadó con ellos y se fue del evento sin despedirse. Nadie conocía muy bien los motivos. Ese chico era un desastre. Su cabeza era un desastre. Fue la última vez que dio señales de vida.

Lo que inicialmente entendieron como una de sus rabietas pasajeras desembocó en una situación crónica. De buenas a primeras, ese tarado dejó de participar en el grupo de WhatsApp que compartían. No contestaba a los mensajes ni a las llamadas. Y al llegar la fecha en la que iban a reunirse en diciembre, no apareció. Fue una sorpresa para los del grupo. Lógicamente, en ese momento nadie se acordó del maldito billete de lotería. De comprarlo; ni siquiera de que existía. Hasta que llegó el día del sorteo. Cuando el 22 de diciembre se otorgó el primer premio al número que ese año no tenían en su poder, todos se tiraron de los pelos. Lo primero que pensaron fue que Gonzalo no habría comprado la lotería ese año. Creerlo era bastante probable, incluso un bálsamo necesario. El sentido común llevaba a pensar que su enfado no se hubiera quedado solo en no hablarles.

Sin embargo, Covi, a través de sus influencias, averiguó que el premio otorgado al 00829 se había depositado en

una cuenta de una sucursal bancaria de la calle Taconera, en el barrio de San Fermín, justo debajo de la casa de Gonzalo. Era demasiado improbable que algún vecino suyo tuviera el mismo boleto premiado, ya que él lo compraba cada año en una administración situada en Cádiz. Ese dinero era suyo. ¡Joder! ¡Y no podían acceder a él! Por un malentendido, un enfado, un cortocircuito o lo que mierda le hubiera ocurrido a ese chico en la cabeza. Porque Gonzalo no estaba bien. Jamás lo había estado. En el pasado lo habían ayudado, cuando lo necesitaba. Era lo que hacían los amigos. Y ahora él les pagaba así.

Tener esa información abrió varias posibilidades. Y una nueva incertidumbre: ¿dónde narices estaba su amigo? Intentaron contactar con él por los medios que tenían. Fue en vano. A su teléfono nunca contestaba. Desapareció del domicilio donde vivía alquilado y en su trabajo dijeron que se había despedido al poco del sorteo, sin más explicaciones. Ningún otro conocido sabía dónde estaba ni había rastro de él en los lugares por los que solía transitar, como el Parque del Manzanares o el polideportivo municipal, donde iba a practicar deportes de raqueta. Por otro lado, que supieran que Gonzalo tenía ese billete premiado no solucionaba nada. De hecho, era bastante peor. Dolía imaginar que su amigo los había engañado y se había largado. Gonzalo no parecía una persona rencorosa.

Pero el dinero era capaz de cambiar a cualquier hombre, de convertirlo en alguien egoísta.

Juan observaba sin disimulo la estela de su compañera de mesa, que lo miraba esperando una conversación.

—Yo también estoy expectante —comentó ella—, pero creo que primero comeremos. Mientras..., a disfrutar de la compañía, ¿no?

—Si no hubieran dicho que tenían una solución para recuperar nuestro dinero, no hubiera venido —se sinceró en voz baja.

—Qué humor gastas, Juanito. Con lo que tú eras.

Sonrió por primera vez desde que había entrado en la casa. Esa mujer tenía un efecto balsámico en él. Alguna vez se había preguntado por qué nunca habían tenido nada juntos. A pesar de que ya habían pasado los días en los que las mujeres se rendían a sus pies, estaba más que acostumbrado a triunfar con el sexo opuesto. Por lo que fuera, con Covi no había surgido la oportunidad. Había un respeto mutuo e incluso admiración. Ambos tenían éxito en sus diferentes carreras profesionales, gozaban del estatus y la tranquilidad que da un sueldo decente. Algo que no podía decir del resto de sus compañeros. Y aun en esas circunstancias, ni siquiera habían flirteado en serio.

—Venga, ya me relajo. Tienes razón —admitió él con una mueca divertida—. No vaya a ser que pienses que me he convertido en un coñazo.

—Nooooo, eso nunca, Juanito. Aunque puede que te haya afectado lo de Esther.

—Me ha hecho mucho daño —gruñó más serio.

—Desahógate, venga. Cuéntame qué te ha hecho ahora. Sabes que tengo experiencia en desamores. Quizá demasiada.

—Lo peor no es lo que me ha hecho —explicó él—, sino lo que va diciendo de mí por ahí. No me creo que no lo hayas oído. Yo puedo hacer muchas cosas mal, pero no soy un maltratador.

Los problemas con Esther venían de lejos. Su relación se había balanceado desde el principio por un equilibrio difícil. Él necesitaba una relación tradicional, con una mujer hermosa como ella, sin muchas complicaciones. Sin nada ni nadie más. Ella, por su parte, quería a su lado a alguien atento y fiel, del que poder estar enamorada siempre. Y con quien poder formar una familia. Los hijos habían sido el mayor punto de fricción entre los dos. Las discusiones y los desacuerdos sobre el tema habían desembocado en una petición de divorcio por parte de ella. Un dilema de narices y un lío que Juan no sabía cómo gestionar. Para él la pareja era una, sola y para toda la vida. Tampoco estaba acostumbrado a fracasar ni a ser el foco de la burla de nadie. Y el problema no solo venía a nivel sentimental. Su empresa y las cuentas bancarias estaban a nombre de Esther, una práctica común para evitar futuros disgustos con el fisco. No

quería ni imaginarse lo que ella lo podía perjudicar si quería.

—He oído algo, no te voy a engañar —admitió Covi, mientras desplegaba la servilleta sobre sus piernas.

—Tú y el resto. Solo hay que ver cómo me miran desde que he llegado.

—Yo no me preocuparía tanto por eso. Son tus amigos. Te conocen.

—Bueno, eres de las pocas personas objetivas en este grupo —se sinceró él—. Tú lo entiendes. No todo el mundo es así. Y no nos vamos a engañar, que sea yo el que siga viniendo con el grupo y no Esther es circunstancial. La mayoría de los que están aquí se llevan mejor con ella que conmigo.

—Esther es una buena tía, pero a veces les da demasiadas vueltas a las cosas —añadió Covi con evidente sentido común.

—No sabes hasta qué punto.

—Yo solo espero que estéis bien los dos. He intentado hablar con ella y ha sido imposible. No ha contestado a mis mensajes ni a las llamadas.

—Esther no es la persona que aparenta ser —confesó él.

—Nadie lo es.

—Quiero decir, que ha engañado a todos con esa supuesta enfermedad del estómago. Tenías que ver cómo es de puertas para adentro.

—¿Te refieres a que no tiene esos problemas que la hacen estar pegada a la taza del váter cuando algo le sienta mal?

Juan suspiró, miró de reojo al resto de personas que estaban en la mesa ajenas a su conversación. Se acercó un poco más a ella y siguió:

—Tiene un problema de anorexia. Estoy convencido, aunque a mí jamás me lo ha querido confesar. Ya has visto lo mal que come y el tiempo que se tira en el baño. Seguro que vomita la comida.

Ella cambió su gesto hacia uno más duro y preocupado. Como si de repente fuera consciente de una realidad que le había sido arrebatada hasta ese momento.

—Siempre ha sido tan delgada...

Él no quiso ahondar en la herida. Covi tampoco era de esas personas que se revolcaban en la mierda. Cada uno debía guardar su penitencia y, sobre todo, no buscar la de los demás.

De pronto, ella se levantó para ir al servicio y Juan volvió a acordarse del asunto que lo había llevado hasta ese absurdo salón. Alucinaba con que nadie tuviera prisa por hablar del tema. El dinero que les habían robado les hacía falta a todos. Como el comer. A Covi para mantener los acuerdos de divorcio con sus tres exmaridos; a Javier y Mila para sacar adelante sus respectivos negocios; y a Sonia, principalmente a ella. Lo de Sonia no tenía nombre. En su caso hablábamos de vida o muerte. La pobre llevaba casi un año luchando

contra la enfermedad. Cáncer de pecho con metástasis en los huesos. No tenía buen pronóstico y no estaba tolerando bien el tratamiento. Para ella existía una posibilidad en Estados Unidos. El hospital MD Anderson, de Houston, había desarrollado un ensayo basado en una combinación de fármacos con un buen porcentaje de éxito en casos similares al suyo, donde las posibilidades eran bajas. Era costoso. Había que viajar allí y asumir económicamente la terapia. La lotería convertía la opción imposible para una dependiente de una tienda de ropa como Sonia, en un clavo ardiendo al que agarrarse. Y el cabrón de Gonzalo quería arrebatárselo. Se enervaba solo de pensarlo. Parecía increíble, viniendo de alguien a quien conocían desde hacía más de veinte años.

En la mesa, nadie decía nada. El ambiente era extraño. Una calma tensa donde los presentes parecían esperar a que el otro abriera la boca para no ser el primero en equivocarse. Él no se iba a precipitar. Tenía todas las de perder si se ponía nervioso. Para algunos de sus compañeros era el malo de la película. El maltratador de su amiga Esther. Además del tipo que la había jodido con Gonzalo la última vez que se habían visto. ¡Como si fuera el único culpable de su enfado! Ahora tocaba mantener un perfil bajo, aunque eso no le saliera bien y aunque significara que la voz cantante la llevara el vendemotos de Javier. Esperaría lo que hubiera que esperar, a pesar de que no entendía aquel numerito. Parecía una obra de

teatro donde estuvieran celebrando algo que no venía a cuento.

Observó a sus amigos bajo una mezcla de desesperación y asombro. Andrés y Javier debatían sobre un asunto relacionado con la economía o la política o cualquier otro tema de los que no tenían ni puñetera idea, a pesar de su pose de superioridad intelectual. Mila no paraba de ir y venir a la cocina a traer y llevarse platos. Parecía más una persona del servicio que una comensal. Y Gracia... ¡Ay, Gracia!, qué persona más aburrida y con menos... eso, precisamente. Estaba allí sentada con su ropa de anuncio del Zara, mirando el teléfono móvil. Parecía una chica apocada hasta que de repente soltaba alguna excentricidad. Una persona estridente y que se creía divertida, sin serlo; como tantos otros chistosos que uno podía encontrarse en una clase de recuperación de Matemáticas o en el banquillo del equipo de fútbol de tu barrio. No es que le cayera mal, era una tía de fiar, pero no soportaba sus bromas.

Agarró los cubiertos de manera enérgica, con una determinación casi feroz, dejando las puntas del tenedor y el cuchillo hacia arriba. Estaba dispuesto a lidiar con lo que fuera esa noche. Lo mejor era olvidarse y comer. La comida era lo que más lo relajaba. Un refugio mejor incluso que el sexo. Miró el horizonte que le brindaba la mesa. Casi nada de lo que estaba a su alcance parecía apetecible. Platos con ensaladilla rusa, panes untados en pates o con salmón, marisco de rancho, etcétera. Se

levantó igual que un marinero hambriento atisba con el periscopio la salida a una muerte segura. La bandeja del pollo estaba lejos de su alcance, atrapada entre Javier y Andrés que parecían custodiarla. El pollo, que parecía un guiso bastante mediocre, era lo único que se atrevía a probar. Les preguntó si podían acercarle el recipiente, pero sus amigos seguían afanados en su absurda disertación. Les insistió. Y nada. Estiró el brazo derecho todo lo que pudo, posando con dificultad los dedos en la bandeja de cristal. El vendemotos, al ver la maniobra, cogió cómodamente el pollo sin parar de charlar con su otro compañero. Momento en que Juan relajó el esfuerzo y la posición antinatural del brazo. Javier, sin saber muy bien por qué, soltó el recipiente. La bandeja cayó golpeando sus dedos laxos a la vez que los retiraba, acto seguido estalló contra el mantel. Y una anarquía cromática pervirtió el blanco al instante, salpicándole a él, al escote de Covi, a los demás comensales, al suelo, las sillas, la pared...

Juan corrió al servicio a echarse agua fría en la mano. Su anular, índice y corazón estaban tremendamente doloridos. Tardó en calmarse unos segundos, mientras el líquido resbalaba por sus dedos hinchados.

Al volver al salón, se fijó en el estropicio. Los gestos de la gente eran los de después de un aterrizaje de emergencia, una explosión o una broma que nada más que le parece graciosa al tonto que se le ha ocurrido montarla. Sus amigos se esforzaban por recoger con

bayetas, papel de cocina y la fregona los proyectiles de la bandeja del pollo. Covi ya no tenía el escote pintado de salsa, pero su vestido, que acostumbraba a estar impoluto, portaba unos lamparones húmedos que inútilmente disimulaban las salpicaduras. El mantel había mutado su tono original por una inflorescencia variada de colores que explicaba el caos que estaban viviendo. Javier estaba enfadado. ¡Encima estaba enfadado! Bramó algo en muy mal tono. Juan no le quiso contestar. Todavía le dolía la mano y estaba harto de estar allí, de aguantar tonterías, de esa pantomima.

—Bueno, ¿podemos hablar de una jodida vez del tema que nos ha traído aquí? —rogó, para salir de allí cuanto antes.

La cara de sus amigos cambió, el ambiente cambió, se volvió denso y violento. Varios de ellos empezaron a atacarle por diferentes flancos. Le increparon por Esther, por discutir con Gonzalo... Lo de siempre. Para ellos, pasara lo que pasara, invariablemente, era culpa suya. Si no se largaba corriendo, era porque quería solucionar el tema de la lotería. Aunque no iba a esperar más. Se armó de paciencia y le pidió al vendemotos que contara en qué consistía lo que había pensado para recuperar el dinero.

Javier aceptó, cambiando el gesto por uno más serio, como si le molestara que lo hubiera nombrado. Él había comentado que tenía una solución para el problema de

Gonzalo. Si iba de farol, era el momento decirlo y si era verdad, también.

—Claro —intervino por fin Javier—, estaba esperando a que termináramos de comer. Yo creo que recogemos esto y os cuento lo que he pensado.

—No te preocupes —añadió Mila, mientras se hacía cargo de un par de platos sucios llevándolos fuera de la vista—. Podéis empezar.

El silencio se adueñó del salón por primera vez desde que había empezado la tarde. Las miradas eran las de un *western* antiguo, donde los protagonistas saben algo que el otro no intuye, y la confianza es frágil y huidiza. Dejaron la mesa grande para ocupar los sillones en torno a la mesita auxiliar. Todos menos Mila, que prefirió quedarse de pie. El anfitrión de la casa se levantó también, ante la atenta mirada de la sala. Y empezó a soltar un *speech*, muy a su estilo. Javier era un experto en usar la retórica a su conveniencia. Le encantaba ser el salvador del mundo. Para ello, era importante resaltar en repetidas ocasiones que él era el que había ideado el plan y que los demás debían estar agradecidos.

Según el vendemotos, tenía la solución al problema del dinero de la lotería. Lógicamente, había que seguir unas pautas que, ejecutadas al dedillo, pronto darían su fruto. Por supuesto, los niveles de exposición y riesgo eran diferentes para cada uno. ¿Adivinan a quién le tocó la tarea más tediosa?

Juan sacó su propia lectura: que tuvieran alguna posibilidad de rescatar lo que les correspondía en realidad era gracias a Covi. Ella había averiguado hacía un par de días que alguien estaba sacando de manera regular cientos de euros de un cajero situado a unos tres kilómetros de la casa de Gonzalo. Y lo hacía con una tarjeta asociada a la cuenta donde se había depositado el premio. Ocurría casi todos los martes, sobre las diez de la mañana, media hora antes o después. Esa información se la había trasladado en primer lugar a Javier que, como buen metiche y salvador de la humanidad, había ideado el plan hiperingenioso y sin fisuras que les acababa de exponer.

La misión que le había asignado a él era vigilar ese cajero los martes, a una distancia prudencial. Exactamente desde la otra acera, tras un árbol, cubo de basura o cualquier otro estorbo que lo ocultara. Después, debía esperar a que apareciera Gonzalo. Pero, y eso era lo chistoso del asunto, bajo ninguna circunstancia podía contactar con su amigo. Tenía que avisar al grupo. Y los demás se encargarían del resto.

Por supuesto se quejó. Una cosa era mantener un perfil bajo y otra que lo tomaran por imbécil, que se rieran de él.

Al replicarle, Javier intentó humillarle aún más, delante de todos, con un comentario vulgar en un ataque innecesario y barriobajero.

Lo que ocurrió a continuación fue algo que, aunque esperado, le dolió en el alma: el resto de sus compañeros lo crucificaron con la mirada. Nadie se atrevió a defenderlo. Ahí vio claro lo que estaba ocurriendo. En pantalla grande Technicolor. Esther les había comido el coco. Había influido en su manera de verle. Era evidente. Lo que lo dejaba desnudo y con poco margen de reacción.

Pensó en largarse. Se levantó. Dio una vuelta sobre sí mismo en una danza frenética, intentando luchar contra las puñaladas disfrazadas de injusticia. La molestia no solo era emocional. Un mar de reflujo gastroesofágico ascendía por su aparato digestivo, como un volcán a punto de la erupción. Aunque le quemaba más, ver las caras inquisidoras de ¿sus amigos? Se detuvo. Respiró profundamente. Y volvió a calmarse. Se convenció a sí mismo de cómo actuar, inyectándose en determinación: tenía que ser frío. Y práctico. En esos momentos solamente importaba recuperar su dinero. Lo demás era una mota de polvo en el vasto universo. Y si había alguna posibilidad de conseguirlo, tenía que aguantar, por más trampas que hubiera, por más insultos que tuviera que escuchar. En cuanto recuperara su parte del billete de lotería, se olvidaría de sus compañeros del instituto para siempre. Pero no podía darse por vencido antes. Luchar significaba resistir ese huracán de acusaciones y desconfianza. Tenía que aguantar.

Javier concluyó la explicación del plan. Como si el mundo siguiera siendo un lugar común y no estuviera lleno de traidores, como si no se hubiera roto ni el magma incandescente fuera parte de la decoración del salón.

Él se sentó y aguantó hasta que Mila anunció que iban a contactar con Sonia a través de una videollamada.

—Ella ya conoce los detalles —informó el vendemotos.

—¿Cómo es que Sonia sabe en qué consiste? —preguntó él, desconfiado.

—Se lo conté por teléfono en cuanto lo ideé —apostilló Javier—. Ella necesita más que nadie la pasta. Y quería que supiera que hay una posibilidad de recuperarla.

Eso parecía razonable. Y hubiera sido razonable también para él, si no hubiera sentido el acoso y derribo al que lo estaban sometiendo esa noche.

Mila colocó con precisión el portátil en la mesa baja, después de haber insistido hasta el más absoluto aburrimiento, en que encuadraran sus cabezas en el plano que recogía la cámara del ordenador. Cuando estuvo al gusto de la organizadora, pulsó el botón que mostraba a su amiga desde el otro lado del ordenador.

Sonia tenía el gesto agotado. Las ojeras la delataban. A pesar de que estaba sonriente. Saludó con la mano. Parecía sorprendida de encontrarse al grupo casi al completo.

—¡Hola, chicos! Qué alegría veros —comenzó Sonia.

—Hola, guapa. ¿Cómo estás? —intervino Covi.

—Un poco cansada, pero me encuentro bien. Esa es la verdad. Gracias.

—Hemos estado hablando sobre cómo recuperar el dinero de la lotería —aportó Javier—. Ya lo tenemos organizado. Solo hay que...

—Veréis —lo cortó Sonia—, antes de que sigáis con eso, quería hablaros: estos días he tenido mucho tiempo para pensar. Para analizar qué me pasa y por qué. También le he dado vueltas a lo de intentar recuperar el dinero. La conclusión es que creo que es mejor dejar las cosas estar.

—Pero... ¿por qué dices eso? —preguntó el vendemotos, descolocado—. ¿A qué te refieres?

—Me refiero a eso mismo. Todo lo que ha pasado con Gonzalo, la lotería. Creo que es justo que ocurra así.

—Eso no tiene ningún sentido —aportó Juan—. Tú necesitas el dinero.

—Lo necesito... ¿Realmente creéis que lo necesito? ¿Qué me puede aportar? ¿Subir mis escasas posibilidades? Solo eso... Probabilidades. Números. Ya sabéis que nunca he sido buena con los números ¿Qué posibilidades había de que saliera ese décimo premiado? ¿Cuántas de que, de un día para otro, mi vida cambiara por una enfermedad que no me había avisado? ¿Y de que salga bien si no me someto a ese tratamiento?

—No me puedo creer lo que estoy oyendo. ¡Es tu vida lo que está en juego! —se exasperó.

—¡Exacto! Es mi vida —sentenció Sonia—. Y la vida de Gonzalo. ¿Alguien de vosotros se ha preguntado por qué estamos así? No hablo solo de mí. Nos lo merecemos. Todos.

—Eso no es justo... —apuntó Gracia.

—¿Y qué lo es? —siguió Sonia—. ¿El cáncer? ¿Cómo tratamos a Gonzalo en el instituto? ¿Lo que tuvo que sufrir por nuestra culpa?

—Pero... —tartamudeó Javier—, pero... perdona, ¿qué estás insinuando? ¿Crees que su comportamiento tiene algo que ver con lo sucedido entonces? Eso está superado. Hubo un malentendido la última vez que coincidimos. Un malentendido que podemos aclarar. Solo hay que llegar a él y explicarle cómo sucedieron las cosas en realidad. Gonzalo es una buena persona. Lo conocemos. Tiene un gran corazón. Si entiende los motivos, entrará en razón.

—Javier, Javier... —apuntó Sonia desde la pantalla, sacudiendo la cabeza—. ¿En qué te has convertido? No te reconozco..., pareces un político de tres al cuarto. ¿Para qué necesitas ese dinero? ¿No te va bien en tu negocio? Jamás has sido alguien avaricioso...

Las miradas de los presentes se detuvieron en el vendemotos, como si de golpe se derrumbara un pilar maestro que sostuviera la verdad. Una verdad mucho más frágil y oscura que la que existía hacía unos segundos.

—No voy a discutir con vosotros mi decisión —ratificó Sonia—. Es algo meditado y que no quiero que me robe más tiempo del que ya lo ha hecho.

Aquellas palabras fueron un mazazo seco y absurdo. Ella, la mayor perjudicada de lo sucedido con la lotería. La que más podía sufrir las consecuencias si su antiguo amigo se quedaba con lo que les correspondía. No tenía sentido que no quisiera hacer nada, que no quisiera luchar por recuperar lo que era suyo. Se había vuelto loca.

Se quedaron en silencio.

Javier se incorporó desde la posición encogida que lo tenía cosido a la pantalla, se dio la vuelta, caminó hacia la cocina y desapareció del espacio visual de Juan. Él también se levantó y siguió los pasos de su compañero. Aquella noche había explotado en una situación insostenible. Era la hora de saldar cuentas.

Abrió la puerta de la cocina y se encontró el rostro desencajado de Javier. No era habitual verlo así. Él que siempre sabía estar, decir lo que demandaba el momento, el maestro de las soluciones imposibles. Era como si con el revés de Sonia, no hubiera un plan B. ¿O tal vez era otro el problema?

—Un revés duro —dijo Juan colocándose al lado con los brazos apoyados en la encimera.

—No me esperaba esa respuesta de Sonia —se justificó el vendemotos—. Es desolador escuchar algo así de una amiga.

—Es difícil de entender, desde luego. Una tía con agallas, que quiere ser dueña de su destino.

—No me esperaba esa respuesta para nada... —repitió Javier.

—Y esa respuesta ¿en qué situación nos deja a los demás? —preguntó directamente.

Javier cambió su semblante pensativo por uno más diligente.

—¿A los demás? Esto es una cosa de todos.

—Me refiero a ¿hasta qué punto corre peligro tu plan con la decisión de Sonia?

—Lo dificulta un poco —soltó escueto el vendemotos.

Se estiró sobre sí mismo, como si se preparara para un combate cuerpo a cuerpo y dijo:

—Eso significa que no has contado todo lo que sabes.

—Te he contado lo que necesitabas oír para que las cosas funcionen.

—El Javier de siempre. Eres un mentiroso. Vas de defensor de las causas perdidas y no eres más que un cretino que da una cara y luego tiene otra.

—¿Yo soy un mentiroso?

—Sí, lo eres. No eres tan diferente al resto, aunque trates de vender una imagen más correcta. ¿Qué tal te va el negocio de las semillas?

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Qué tal la tienda de Mila?

—No lo sé. Dímelo tú. A lo mejor tienes más información que yo...

Los dos bajaron la cabeza. Parecía que no quisieran herirse de gravedad. O a lo mejor es que no sabían hacerlo.

—Eres un auténtico cerdo —siguió de repente Javier acercándose, mirándole fijamente—. No te tenía en gran estima, pero ahora me doy cuenta de que eres una persona horrible. Alguien en quien no se puede confiar.

—¿Eso lo dices por ti o por tu novia?

Juan no se lo vio venir. Fue un cometa que pasa cada cientos de años. Un violento puñetazo martilleado por el brazo derecho de Javier le sacudió la mandíbula; de esos ganchos que noquean con brutalidad al oponente. Cayó al suelo al instante. Afortunadamente, no perdió el conocimiento. Aunque se golpeó el hombro en la caída.

Javier se quedó petrificado, mirando alternativamente su puño dolorido y la calcomanía de Juan en el piso.

Ante el estruendo irrumpió Andrés, asomando medio cuerpo desde la puerta, de cintura para arriba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, desde el quicio, el recién llegado—. ¿Estáis bien los dos?

Juan se levantó aturdido, bajo la mirada culpable de Javier y el gesto sorprendido y risueño de Andrés.

—Nada —se apresuró a decir—. Me he resbalado.

Javier lo miró inmóvil, sin saber cómo reaccionar. Él notó su indecisión y le enseñó la palma de la mano, para que se quedara tranquilo. Después, se terminó de incorporar sacudiendo el pantalón. Tocó su rostro, comprobando que todo estaba en su sitio y continuó:

—Es hora de irme, chicos. Había olvidado que debo terminar un proyecto que me habían encargado para hoy.

Se dirigió al salón. No se entretuvo mucho en su despedida del resto de sus amigos. Mila intentó retenerlo, aunque fue en vano. No había mucho más que decir esa noche.

Bajó las escaleras apuñalado por su conciencia. Intentó llegar a una conclusión válida sobre lo que acababa de vivir, a pesar de que sus ideas no eran muy lúcidas. No quiso culpar a nadie que no fuera a él mismo. Quizá merecía un final así. Para ser justos, ese puñetazo era lo menos que se había ganado por parte de su compañero. Se había comportado como un gilipollas y lo había forzado hasta un límite en que había explotado. Javier podía ser muchas cosas, pero no se merecía que lo engañara de esa manera, tirándose a su novia a sus espaldas. Independientemente de lo que hubiera sucedido en el pasado.

Al final, la previsión que se había hecho sobre esa cena no se iba a cumplir. Aquella reunión había sido definitiva. Ahora veía más claro que nunca su futuro. Necesitaba hacer cambios en su vida. Tenía que romper todos los lazos con Mila. Se había acabado lo de quedar con ella a escondidas. De alguna forma, sentía por ella algo más fuerte que el simple deseo. Y no estaba bien. Mila tenía pareja.

Igualmente había llegado el momento de dejar de obsesionarse con ese billete premiado. Su camino hacia

el éxito nunca había estado ligado a un golpe de fortuna. Eso era propio de otro tipo de personas. De los que se amparaban en la mala suerte para justificar sus fracasos, esperando que la vida cambiara sin más, sin ser los verdaderos protagonistas. Casi mejor que fuera así. Conseguiría las cosas por él mismo, como siempre había hecho. De esa forma nadie podría echarle en cara que no se lo había ganado. Además, se habían terminado las reuniones con sus antiguos compañeros de clase. Los tendría en el recuerdo como lo bueno que fueron en el pasado. Los apreciaba, los seguía apreciando. En eso no había ninguna duda. Sin embargo, tenía que alejarse de ellos. Ya no tenían grandes cosas que aportarle ni él a ellos. Seguramente lo mejor para todos era que a esos encuentros acudiera Esther. A ella le vendría bien. La ayudaría a levantar el ánimo, que era lo que necesitaba. Por último, había tomado otra decisión: iba a hablar con Sonia sobre ese tratamiento en Estados Unidos. No iba a consentir que su amiga dejara pasar la oportunidad de curarse. No si él podía solucionarlo. Eso posiblemente implicara dejar de invertir en aquellos inmuebles que tenían tan buena pinta. Ya habría otras oportunidades.

En la calle, dobló la esquina que lo alejaba del edificio donde vivían Javier y Mila. Se alegraba de no tener que volver por allí. Odiaba el centro. Se detuvo en el escaparate de una tienda de móviles. Fue al bolsillo, a por el suyo. Se metió en el grupo de WhatsApp que tenía con sus antiguos compañeros y se salió.

Unos minutos más tarde, ya en casa, tras varias llamadas insistentes de Javier, le cogió el móvil. Tuvo que escuchar una sarta de tonterías sobre diferentes personas del grupo, incluidas de Gonzalo. El vendemotos seguía con el asunto de la lotería. Quería que volviera a la reunión con los demás. Colgó sin dar más oportunidad al absurdo. Después, desconectó todos los teléfonos.

CAPÍTULO 2

LOS MUNDOS DE MILA

Ya eran las ocho de la tarde. La noche iba a ser mágica, como siempre que me juntaba con mis antiguos compañeros del instituto. Cualquier evento con ellos era increíble.

Estaba en el salón de casa con Gracia, que no era la persona más cariñosa del universo, pero era taaaan divertida. No divertida de cómica, no es que le diera por contar chistes ni nada de eso. Era alguien especial, que te desconcertaba con ocurrencias que no te veías venir. Siempre soltaba una frase ingeniosa para cada momento o algo que se salía de la norma. De pronto decía que quería teñirse el pelo de azul o que se había comprado una tienda de campaña, por si algún día se le ocurría ir al campo, cuando era la persona más urbanita del mundo. Parecía imposible aburrirse con ella. En esos momentos, la pobre estaba en el paro, pero hasta hacía poco había trabajado de contable en una editorial y le encantaba. Era la única persona

en el planeta a la que le podía gustar un trabajo así, todo el día enjaulada entre tablas Excel y números. Allí la tenía con una sonrisa radiante, mientras me contaba no sé qué de un vecino que le gustaba. Gracia en estado puro.

Mientras tanto, mi novio Javi se encontraba en la cocina, agobiado porque no le daba tiempo a preparar la cena y por no sé cuántas cosas más. Estaba con Covadonga, que le iba chivando la receta del pollo, a la vez que lo animaba y bajaba un poco sus revoluciones. Los dos eran mucho más parecidos de lo que creían. A Javi le gustaba que lo llamaran Javier, sin mucho sentido, porque tenía cara de Javi. Y Covadonga no soportaba su nombre, por lo que obligaba a todo el mundo a llamarla *Covi*, cuando desde el instituto era nuestra compañera *Covadonga*.

En la cocina, Javi mascullaba sus quejas, mientras preparaba la comida. Él siempre se preocupaba por los demás. No sabía estar al margen de lo que fuera que ocurriera a su alrededor. Lo hacía con la intención de ayudar, lo máximo que pudiera. Yo lo quería tanto o me gustaba tanto; no sabía muy bien qué verbo era el más apropiado.

Para mi pareja la vida era una lucha constante y los acontecimientos, enemigos a los que abatir. Para mejorar, para que todas las personas mejoraran. Continuamente había algo que no estaba bien, por ridículo que pareciera. Estaba convencido de que había que conseguir un mundo mejor, sin darse cuenta de que el mundo ya era un lugar mejor. Todo lo mejor que uno quisiera que fuera. En el fondo, era igual que un niño disgustado, que piensa que las personas deben ser buenas y felices a cada momento, una simplificación que lo atormentaba. A pesar de lo cual, yo lo quería horrores o me gustaba horrores. Eso seguro.

Ese día nos juntábamos en casa los de siempre. Era alucinante. Nos entendíamos a la perfección, y eso que cada uno era de su padre y de su madre. Habían pasado los años y nos llevábamos igual de bien que cuando éramos adolescentes. Lo mejor era que después de tantos años seguíamos con las mismas ganas de que nada cambiara. Nos encantaba reunirnos, aunque en realidad nos veíamos mucho menos de lo que nos gustaba. Historias de la vida adulta. Ya teníamos treinta y tres añazos, parecía mentira. ¡Estábamos juntos desde hacía más de veinte años!

El grupo era muy importante para mí, me sentía arropada por mis compañeros. Ellos me daban seguridad y de alguna forma yo se lo devolvía con mi cariño y consejos. Me gustaba pensar que yo era una especie de guía para todos, alguien a quien le contaban sus intimidades, dudas o miedos, cuando los había.

La excusa para vernos esa vez era que teníamos que hablar sobre un asunto que afectaba al grupo. Una cosa extraña, la verdad, producto de un malentendido, que había derivado en que unos se picaran con otros, igual que chiquillos. De esas situaciones en las que se confunde lo importante con lo anecdótico.

Yo estaba convencida de que tras esa cena veríamos el asunto de otra manera, tampoco había que dramatizar. Aquel desencuentro había ocurrido por algún motivo y nos iba a beneficiar a la larga, aunque fuera de una manera menos evidente. Porque todo en la vida ocurría por una razón. En ese caso, seguramente nos iba a servir para ser más fuertes como grupo, para unirnos más; incluso para valorar más lo que teníamos.

No quería darle demasiadas vueltas a ese asunto, teníamos por delante una velada inolvidable. Todos estábamos expectantes desde hacía tiempo por

que llegara ese día. Además, Javi había preparado a conciencia una comida de lujo y eso ayudaría a que el ambiente fuera el mejor posible.

Charlaba con Gracia cuando escuché el repiqueteo de la puerta. Alguien que no llamaba al timbre... ¡Era Juan! Mi pitufo gruñón preferido. Me atusé un poco el pelo y fui a recibirlo.

Al otro lado estaba él, el primer amor de mi vida, con ese aire de suficiencia tan suyo. Guapo y elegante, casi te agredía con su belleza, moreno de piel y no demasiado musculado, signo de ir al gimnasio únicamente en aquellos momentos en los que te sientes mal; y con la altura perfecta, un par de centímetros por debajo de mí.

Juan me soltó una de sus frases ariscas. Me sentía tan feliz de verlo... Le pedí que me acompañara.

Yo estaba en un momento crucial en mi vida. En un corto espacio de tiempo me había encontrado con situaciones que no podían haber llegado por simple casualidad. Acababa de enterarme de que me había quedado embarazada. Nadie más que yo lo sabía y desconocía si lo estaba de Juan o de Javi; por supuesto no tenía ni idea de si debía tener o no a ese bebé. Justo en el momento en el

que Juan andaba en trámites de divorcio con Esther, mi mejor amiga. Y entre medias, Esther echaba pestes sobre su ex. Le acusaba de hablarle a insultos, de menospreciarla continuamente y humillarla. Esa era su versión de la historia, claro.

A Esther la conocía de sobra. Habíamos sido compañeras desde la guardería, también habíamos coincidido en la misma clase del colegio; cuando volvimos a cruzar nuestros caminos en el instituto ya éramos inseparables. Y allí fue donde nos encontramos con el resto de las personas del grupo.

Por esa época, Juan era el más guapo de la clase. Un chico atlético, con una energía increíble, que siempre parecía saber cómo hacerte reír, poseía un brillo que sin duda había perdido poco a poco con los años. No era el típico chulo de barrio por el que estaban coladas las chicas de clase; bueno, en cierta forma sí que lo era, pero qué maravilla de chulo.

Al principio, Esther era de las pocas que no estaba coladita por él. Ella era guapísima, aunque muy tímida y andaba demasiado centrada en sacar las mejores notas como para fijarse en chicos. A mí lo de estudiar nunca me interesó demasiado, a

pesar de que no se me daba mal. Esa época fue tan extraña para mí...

Un día Juan me preguntó si quería acompañarlo a un concierto de un amigo que tocaba en un bar cercano al instituto. Nos besamos en los bises, y a partir de ahí empezamos a salir.

Cuando él se fue a la universidad cambió su manera de comportarse conmigo, se volvió esquivo y perdió su interés por mí. Ya no me cuidaba tanto ni encontraba tiempo de calidad para estar juntos. Por esa época, Javi alternaba su labor en una ONG con un trabajo a media jornada en el vivero de su tío Alberto. Yo no tenía ocupación y un día me propuso trabajar con él. Buscaban gente inteligente y con ganas de aprender, según sus palabras. Comencé enseguida. Necesitaba sentirme bien otra vez, llenar de vivencias el tiempo que cada día se hacía más despiadado.

En el vivero pasaba bastante tiempo con mi amigo, casi siempre comía con él y poco a poco lo iba entendiendo más. Éramos de la misma pandilla, aun así, uno no llega a conocer a otra persona hasta que no comparte un mínimo de rutinas con ella. Javi era lo opuesto a Juan. Alguien que parecía muy servicial y atento, quizá demasiado al principio. No era tan exigente con los detalles, sí con el trato a

las personas. Y a pesar de que tampoco era muy divertido, a mí me gustaba esa forma de ser, de relacionarse con los demás y especialmente conmigo. Poco a poco fuimos conectando más, comenzamos a hablar sobre nuestras ilusiones y de lo que nunca había tratado con mi pareja de entonces: el futuro. Parecíamos tan iguales, encajábamos a la perfección el uno con el otro. Por primera vez en mi vida sentía que tenía que ver emocionalmente con otra persona. Enseguida llegaron las confidencias entre los dos. Yo jamás supe callar mis sentimientos, Javi se convirtió en mi pañuelo de lágrimas. Con el tiempo esas lágrimas mudaron a sonrisas, a cercanía; un día casi nos besamos y sentí que mi amigo me atraía.

Dejar a Juan para irme con Javi sonaba feo, estaba mal, pero para mí era una evolución lógica, tenía que ver con cómo había cambiado mi vida, yo. La gente que te quiere acaba entendiendo tus motivos si te ve feliz y yo me sentía más feliz que nunca. Con Javi hablaba de proyectos, de viajes... Sin darme cuenta, había un mundo entero entre nosotros y toda una vida por delante.

Cuando corté mi relación con Juan, a este solo le preocupó saber cuánto tiempo llevaba engañándolo con Javi. Daba igual que no nos hubiéramos

acostado, sabía que él no atendería a razones. Le dije que había ocurrido un par de veces. Otra respuesta hubiera sido peor, alargar una conversación que no llevaba a ninguna parte.

Y empecé mi vida con Javi. Al intimar me di cuenta de que mi conexión con él tenía más que ver con lo emocional que con lo físico. Y que en la práctica ligábamos bien como amigos y compañeros de trabajo, pero entendíamos el día a día de maneras radicalmente distintas. A pesar de ello nos amábamos y respetábamos. Eso era más que suficiente para construir un camino juntos.

Un día decidió abandonar la ONG y me propuso montar un negocio de semillas y plantas suministradas al por mayor a diferentes viveros. Una idea arriesgada que requería inversión, aunque según él iba a ser la bomba. Yo, que nunca sabía ni el dinero que tenía ni el que necesitaba, accedí sin pensarlo. Al principio nos fue aceptablemente, aunque el negocio consumía casi todo el tiempo de Javi y eso truncó nuestra intención de viajar. Pero vivimos bien y seguimos soñando con la posibilidad de que algún día exploraríamos cualquier lugar del planeta. Algunas noches nos tumbábamos en el sofá del salón y fantaseábamos con los posibles destinos, acompañados de diferentes guías de

viajes. Buscábamos lugares donde cambiáramos el mayor número de hábitos posibles: el idioma, la gastronomía, los horarios... Para enamorarnos del mundo y renovar la confianza en las personas, para acordarnos de que merecía la pena estar aquí. Después buscamos fotografías de aquellos ansiados lugares que algún día visitaríamos, las imprimimos y les pusimos marcos para colgarlas en forma de cuadros en el mejor lugar posible: nuestro querido salón. Escenas inmortalizadas de Skogafos, de Tortuguero, Neuschwanstein, el puente Golden Gate, Monument Valley, el majestuoso Gran Capitán o la laguna glaciar de Jökulsárlón... ocupaban esa querida parte de la casa. Estaban ahí para acompañarnos y nos mostraban un futuro mejor.

Unos cuantos años más tarde, surgió la posibilidad de abrir un herbolario, un negocio donde yo pudiera trabajar más a gusto. Y nos embarcamos en esa nueva aventura, con ilusión y con ganas de que algún día nuestros sueños estuvieran más cerca.

En esos momentos la situación no era tan desahogada como al principio. El herbolario nunca había llegado a despegar. Daba demasiadas pérdidas y de no ser por la empresa de Javi

estaríamos en dificultades económicas. En ocasiones pensaba que los negocios que compartíamos nos mantenían más unidos que nuestra propia relación. Pero a lo mejor eso era una tontería, ya que nosotros nos queríamos mucho o nos gustábamos mucho.

Mientras acompañaba a Juan por el salón comentó que iba a tomar un refrigerio y fue en dirección a la cocina. Yo lo esperé, pero pasó un tiempo y vi que no volvía, así que me acerqué a buscarlo.

En la cocina, Juan estaba hipnotizado con Covadonga, mientras daba un trago a una cerveza. No me extrañó. Ella era una chica muy llamativa, una mujer con curvas pronunciadas, que solía ir uniformada de manera sensual. Eso gustaba a los hombres, por básico que fuera. Eso y lo dispar de su vida sentimental, en la que saltaba de matrimonio en matrimonio, igual que por lianas que la salvaran de caer a algún lugar capaz de matarla de indolencia. Covadonga era así, flirteaba con todos los hombres, como si los estudiara para una prueba, y probaba. A pesar de que jamás funcionaba, y de que después se viera sumergida en un mar de posesiones a medias, amigos a

repartir y obligaciones difíciles. En realidad, ella era igual que casi todas: una mujer autosuficiente y capaz que no necesitaba a los hombres para ser feliz. Para contradecirse, siempre los buscaba, y para contradecirla todavía más, ellos revoloteaban continuamente a su alrededor.

Covadonga comentó que hacía falta un sacacorchos. Toda una invitación para que los dejáramos tranquilos a ella y a mi novio con la comida. Y como efecto colateral, para que nos quedáramos a solas Juan y yo. Lógicamente, me ofrecí para ir a por el sacacorchos con mi gruñón. Esa semana no nos habíamos visto y estaba como loca por pasar un ratito de intimidad con él.

De camino a la tienda me rehuyó al principio. Se lo veía nervioso, intranquilo; sin embargo, tras comprar el sacacorchos se fue acercando cada vez más a mí, a medida que volvíamos a casa. En el interior del portal, ninguno de los dos pudimos resistirnos. ¡Cómo nos deseábamos! Parecía que no hubieran pasado los años cuando nos compenetrábamos a la perfección, cuando jugábamos y no nos importaba hacer travesuras o el ridículo. Jugando, encaramados el uno al otro, nos caímos al suelo en la zona más apagada del portal.

En ese momento entró nuestro amigo Andrés que se quedó mirándonos fijamente. Nos habían pillado. Sííí, seguro que nos habían pillado. Andrés era una persona de lo más observadora. Antes o después tenía que ocurrir. Juan me tapó la boca. Yo lo miré con un guiño cómplice. En el fondo, me alegraba de que hubiera ocurrido. Él, sin embargo, parecía aterrado. Lo decían sus ojos.

Tras más o menos treinta segundos, nuestro amigo se subió sin decir nada. Mi amante se incorporó, empujándome, quitándome de encima de malos modos, expulsándome del cuerpo al que había estado aferrada hacía unos instantes. Tenía la mirada perdida. Los dos sabíamos que antes o después podían descubrirnos, a pesar de sus precauciones casi enfermizas. Era un riesgo que asumíamos y para el que debíamos estar preparados.

Juan espetó que no quería seguir viéndose conmigo. Intenté no darle importancia. Era el impulso del momento, un arrebató de los suyos, de los que minutos más tarde ni siquiera recordaría. Aunque en realidad, si lo pensaba bien, esa respuesta decía mucho de cómo entendía qué pasaba entre nosotros, de lo ingenua que había

sido, creyendo que yo había tenido algo que ver en que él y Esther ya no estuvieran juntos.

Los peldaños hasta llegar a casa fueron difíciles de afrontar. De repente, imaginaba el hielo por las venas de mi compañero, la indiferencia que se tiene por alguien que está a mil kilómetros de distancia de ti, que habla otro idioma y ni siquiera sabe que existes. No recordaba haberme sentido tan mal nunca con otra persona.

En el interior estaban Javi, Gracia y Covadonga. Se repartían un banquete de aperitivos que habían desplegado en mi mesita auxiliar. Yo estaba destrozada, aunque no podía permitirme que se me notara, tenía que ser yo, o al menos una especie de títere que se pareciera a mí. Cogí un bocado para simular que tenía hambre y me fui al fondo del salón, como si fuera a buscar algo útil para organizar la cena. Al mismo tiempo Juan huyó de allí. Nos separamos de la misma forma que lo acababan de hacer nuestras mentes hacía unos instantes.

Abrí un par de cajones del mueble donde guardaba parte de la cubertería, esa que nunca veía la luz del día. Tenía que pensar. Me sentía extraña en mi propia casa, en mi propio salón. En ese espacio que era tan especial para mí, donde me

gustaba reunirme con mis libros y las fotos de los diferentes viajes que algún día realizaría. Tras unos segundos, supe que tenía que reaccionar. La gente no tardaría en darse cuenta de que me pasaba algo, porque yo no era una persona que se alejara del grupo cuando los demás estaban reunidos.

Me giré. Covadonga y Gracia charlaban en voz baja pero de manera acelerada, parecían intranquilas. Estaba pasando algo que se me escapaba... En ese momento apareció Andrés por el salón, y acto seguido Juan acompañado de Javi, que venían de la cocina. Este último lanzó una voz hacia el resto de la casa: había que llevar la comida para la cena.

Sacudí las ideas de mi cabeza y ayudé a colocar lo que faltaba a toda velocidad. Era la mejor forma de disfrazar la desazón que me recorría el cuerpo. En un abrir y cerrar de ojos el convite estuvo listo.

Acto seguido, me senté entre Andrés y Gracia. Frente a mí estaban Covadonga y Juan, que compartían susurros a los que no llegaba. A él se lo veía incómodo, mientras ella parecía flirtear. Juan no era su tipo y Covi no era lo suficientemente interesante para él. Eso no quitaba que me molestara. Ya me estaba costando una salvajada

dejar de pensar en lo vivido en el portal, como para encontrarme con eso. Hice un esfuerzo titánico por no darle más importancia. Me quise centrar en la cena, en el momento, en ese transcendental y difícil momento.

Miré a Andrés, que hablaba amistosamente con Javi, como si el mundo no hubiera cambiado radicalmente hacía unos minutos, como si no fuera un lugar más pestilente y oscuro. Él había sido, sin buscarlo, la persona que lo había cambiado todo, a pesar de que siempre emanaba buenas vibraciones y transmitía paz. Me gustaba fijarme en él cuando estaba nerviosa o triste. Lo observé fijamente. Ni se percató.

Andrés trabajaba de celador en el Hospital Niño Jesús de Madrid y portaba consigo un corazón enorme. Tenía una estatura normal y no se complicaba nada con la ropa. Era el más desconocido del grupo para mí, y si lo era para mí podía multiplicarse por cien para los demás. La mayoría de la gente se quedaba con lo primero que se veía de él: un tipo hermético, con aspecto de soltero malnutrido, que hablaba poco y que cuando lo hacía, con frecuencia metía la pata. Yo sabía sacarle de su introversión, bromeábamos alguna vez, teníamos un rollo especial, o raro, más bien

raro; pero era el nuestro y no necesitaba ser de otra manera. En ocasiones me gustaba llamarle Andrius. Yo era la única que lo hacía y él lo aceptaba de mil amores.

Gracia me sacó de mi embobamiento con una sonrisa. Buscaba que le hiciera caso. La miré y traté de imitar su gesto. Sin dejarme pestañear me preguntó por Esther. Yo no solía hablar de los asuntos personales de otros con nadie, pero aún seguía desarmada y sin darme cuenta empecé a narrarle el último día que quedé con mi mejor amiga, tras enterarme de que tenía problemas con su pareja:

«Quedé en la cafetería más cercana a su casa, con la intención de ayudarla. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que ella estaba a la defensiva. No me escuchaba y tampoco quería hablar demasiado. Le pedí que me contara de nuevo lo sucedido con Juan y le hice preguntas por situaciones que no entendía bien. Sin querer, la pillé en un par de incongruencias. La vi desquiciada, relatando una historia difícil de entender en cuanto escarbabas. Algo que, por otro lado, podía ser fruto de la situación de *shock* en la que se encontraba. En ese estado, cualquiera dudaría

ante ciertas preguntas y podría equivocarse al relatar hechos que para ella eran traumáticos. No lo quise tener en cuenta y le propuse mediar con Juan, o ayudarla de algún otro modo en el que pudiera apartarla de ese infierno que ella describía. Pero se sintió ofendida y discutimos. A partir de ahí, ella no quiso saber nada más de mí, a pesar de mis múltiples llamadas de teléfono y mis mensajes».

Era complicado. Tanto Juan como Esther eran importantísimos para mí. Era muy complicado. Peor que eso, uno era mi primer amor y la otra era mi mejor amiga. A él se lo acusaba de cosas muy graves y ella no era alguien que fuera tirando mierda de la gente por ahí de manera gratuita. Aunque conociéndolos a los dos, en mi fuero interno me costaba imaginar que ese asunto fuera mucho más serio que las diferencias entre una pareja que estaba rota desde hacía un tiempo. En cuanto al discurso de Esther, una mujer despechada era capaz de hacer lo que fuera, incluso de traspasar ciertas líneas rojas.

De buenas a primeras, Juan se levantó de su silla. Fue a coger el guiso de pollo que le acercó Javi y sin saber muy bien cómo, entre los dos, lo dejaron caer. La bandeja estalló contra la mesa,

esparciendo su contenido por mi querido salón, lo que rompió de manera drástica con la armonía que había reinado hasta ese momento. Automáticamente, los dos machos alfa se echaron la culpa del desastre. Eran tan cabezones que ninguno de los dos quería entender que daba lo mismo quién tuviera razón, o quién acabara una conversación. En eso eran iguales, y en que eran buenas personas. A pesar de que mi novio era más egoísta de lo que creía y de que mi gruñón tenía más corazón de lo que quería reconocer.

Fue una situación surrealista, cómica. No pude evitar reírme a carcajadas. Y según lo hacía, de manera libre y hasta escandalosa, fui volviendo a mi estado natural, volví a ser yo. Me olvidé del ser lánguido que había estado sentado en mi silla. Ya bastaba de autocompadecerse. Con Juan las cosas serían como tuvieran que ser, y con Javi, con Javi también. Ellos eran los hombres de mi vida, los quería a los dos, los necesitaba a los dos, y me importaba bien poco que Andrés contara lo que había visto. Quizá había llegado el momento de afrontar la realidad de mis sentimientos y lo que viniera por delante, con todos sus efectos colaterales.

Busqué la fregona, papel de cocina y un par de bayetas. Las repartí entre los presentes y empezamos a recoger, mientras nos reíamos por el estropicio. Poco a poco la atmósfera volvió a ser la de un grupo de personas con ganas de pasárselo bien. De nuevo volví a detenerme en lo importante: estaba con mis amigos. Con ellos había vivido mis mejores momentos, con ellos no había prisa por disfrutarnos los unos de los otros, y nada malo podía pasar.

Aunque, lamentablemente, no todos estábamos de buen humor. Mientras recogíamos, el pitufo gruñón comenzó a quejarse y refunfuñar. Estaba claro que aún seguía molesto por lo ocurrido con Andrius. Mencionó algo sobre conseguir el dinero de Gonzalo. ¡Otra vez ese rollo que no interesaba a nadie! Quería hablar del tema sin más dilación. Él era así.

Lo que más me fastidiaba de ese asunto era que alguien en el grupo creyera que Gonzalo nos estaba engañando, que pensarán que había desaparecido de la faz de la Tierra para perjudicarnos. Eso era una estupidez. Él era un ser de luz. Teníamos mucha suerte de haberlo conocido, de ser sus amigos. A mí lo que realmente me preocupaba era que le hubiera ocurrido algo malo. Yo hablaba de

vez en cuando con su madre, para interesarme por él. Ella me había explicado que su hijo estaba pasando por una de sus crisis, que estaba triste y necesitaba estar solo. Esa era la verdadera causa de que hubiera dejado todo y se hubiera ido a un lugar que no había querido concretarle. No era la primera vez que desaparecía, aunque sí la de más larga en duración.

Ante mi sorpresa, Javi le siguió el juego. Se colocó delante del grupo y explicó de manera elocuente lo que había ideado para obtener el dinero de la lotería. Nos dejó a todos descolocados. Nadie se esperaba lo que desveló, ni siquiera yo, que convivía con él. Me lo había ocultado, seguramente para no preocuparme. Porque mi novio tenía la manía de sobreprotegerme.

Comentó que sabía dónde encontrar a Gonzalo. Reconozco que ese fue el remate para mí. Me sentí el ser más inocente que alguien puede echarse a la cara. Sabía que Javi quería hablar de ese premio, como si fuera algo terapéutico para el grupo. Lo que no podía imaginar era que tenía información para localizar a nuestro compañero. Y mucho menos que su idea era utilizarla para pedirle nuestra parte del billete de lotería. Eso no tenía

nada que ver con el mimo excesivo hacia mí. Me había engañado.

Me hundí, apareciendo en un lugar más lóbrego y confuso que el que había caído la primera vez esa noche. Deseaba desaparecer, no ver a nadie y que nadie me viera; descargar mi aflicción y llorar, llorar desconsoladamente. A pesar de eso, me resigné, plantada e inmóvil y escuché lo que tuvo que decir mi pareja, paralizada por las inútiles opciones que me presentaba mi cabeza.

Javi sabía que Gonzalo sacaba el dinero de la lotería en un cajero cercano a mi herbolario. Lo hacía en cantidades grandes. Y según él, eso era una oportunidad.

Después nos fue dando a cada uno de nosotros una tarea, en función de nuestra personalidad y la relación que tuviéramos con el desaparecido, lo que parecía bastante lógico. Poco a poco me fui calmando, asimilando que aquella situación también podía tener aspectos positivos. Si lo pensaba bien, las palabras de Javi significaban que a Gonzalo no le había ocurrido ninguna desgracia, iese era fantástico! Incluso, si iba más lejos, nos brindaba la ocasión de hablar con él e intentar volver a retomar nuestra relación.

A mí y a Andrés nos encomendó una de las funciones más importantes: nada más que Juan descubriera que nuestro amigo se acercaba al cajero, tenía que avisarnos. Nosotros éramos los más indicados. Teníamos más cercanía que nadie con él y por carácter éramos los que mejor sabríamos aplacar cualquier reacción huidiza o agresiva de Gonzalo. Había que estar preparados para cualquier respuesta por su parte. Si era verdad que había tratado de esconderse, nadie sabía hasta qué punto estaba enfadado. Además, el cajero automático tampoco estaba a mucha distancia de la vivienda de Andrés, que al trabajar en turno de tarde se encontraría en casa.

Entonces me di cuenta. No podía ser una simple casualidad que ese cajero estuviera casi equidistante de mi herbolario, la casa de Andrius y la oficina de mi amante. Era una señal. De pronto me pareció que ese asunto del premio era más trascendente de lo que yo había creído. A lo mejor los chicos tenían razón; Gonzalo guardaba el dinero de ese billete y estaba oculto por algún motivo para que en el grupo aprendiéramos una lección. Sentí unas ganas locas de que fuera así, de secundar ese plan y de que todo siguiera los dictámenes de Javi.

Las instrucciones eran que, en cuanto recibiéramos el aviso de Juan, Andrés y yo saliéramos en su dirección. Iríamos juntos, paseando, como si nos cruzáramos fortuitamente con él; diríamos que habíamos quedado para comprar un regalo a Javi por su futuro cumpleaños. Eso debíamos contar si Gonzalo preguntaba, que preguntaría. Luego le soltaríamos que Sonia estaba peor, que podía ser una cosa inminente. Era una mentira piadosa para solventar sus posibles reticencias de manera más o menos rápida. Dada la sensibilidad de nuestro compañero, no se iba a quedar impasible. Tampoco sería difícil que entendiera que a todos nos vendría bien algo de dinero. Seguramente no haría falta mucho más. De todas formas, Javi insistió en que él se encargaría finalmente de convencerlo.

Nada más culminar su exposición, llegó el turno de contactar con Sonia. ¡Qué ganas teníamos de hablar con ella! Fui a por el ordenador portátil del cuarto que Javi usaba como despacho. Lo coloqué en medio de la mesita auxiliar y todos se dispusieron juntitos para poder entrar bien en el encuadre.

De repente apareció ella. Estaba guapa, aunque fuera a través de una pantalla. De momento tenía

que ser así, ya volverían los tiempos en los que poder achucharla. Era evidente que se alegraba de vernos, a pesar de que su semblante no era el habitual. Sonia era una persona de lo más pragmática, hasta el infinito. Su mayor virtud era que no perdía un ápice de su energía en bobadas. Siempre encontraba una manera de estar bien, dentro de sus circunstancias y contagiaba de esa energía a los demás.

En cuanto tomó la palabra soltó que se desmarcaba del plan que nos acababa de explicar Javi, lo que nos dejó a cuadros. Nadie entendió muy bien sus motivos; sin embargo, parte de lo que dijo tenía sentido. Nos hizo volver al pasado. Todos sabíamos a qué se refería al expresar que *no nos merecíamos ese dinero, después de lo que le habíamos hecho a Gonzalo*. Que miráramos hacia otro lado no borraba nuestros actos ni los cambiaba.

Para ser honesta, Gonzalo no siempre fue bien recibido en nuestro grupo. En el instituto era un chico muy introvertido. A pesar de que sacaba las mismas buenas notas que Covadonga o Juan o en ocasiones incluso mejores, no gozaba de su popularidad. Juan era un referente para nosotros: listo, guapo, ocurrente... Covadonga no era la chica

atractiva en la que se convirtió con el tiempo, estaba un poco pasada de peso, pero tenía una personalidad descarada y graciosa. El papel de chica guapa lo tenía esencialmente Esther. Aunque, había que reconocerlo, yo también era bastante mona. Gonzalo no era ni guapo, ni ocurrente, ni alguien que destacara en nada que pudiera llamar la atención con esa edad. Solamente era un friki del cine antiguo y los cómics. Venía con camisetas estridentes que no gustaban a casi nadie, quizás suficiente excusa para ir a por él en el enmarañado mundo adolescente. Era imposible acordarse de quién empezó a reírse de él, posiblemente sería Gracia. Aunque nunca fue la peor, el más ácido con él solía ser Juan, al que en aquella época todos seguíamos de manera más o menos consciente.

Al principio eran simples burlas, aunque pronto nos ensañamos con él, cayendo en ocasiones en las bromas de mal gusto y los insultos abiertos. Una nunca sabe cómo se desencadenan estas situaciones, los motivos reales. Te dejas llevar, sin pensar en las consecuencias, en el mal que haces a los demás. Podía buscar pretextos en lo perdida que estás en la adolescencia, en el momento en el que vives, en lo difícil que es el mundo gobernado por las hormonas..., pero no quería justificarlo. Si

había algo que había aprendido de aquellos episodios era que no debía disculpar mis actos, nuestros actos. Las cosas se hacían y punto. Después, no servía fustigarse ni ser demasiado dura en los juicios sobre el pasado. Había que seguir adelante, tratando de ser una mejor versión de una misma.

Además, con el tiempo la situación con Gonzalo cambió radicalmente. El destino nos tenía preparado un regalo que hasta ese momento no nos habíamos merecido. Gonzalo, lejos de enfadarse con nosotros, nos perdonó y en lugar de huir de las burlas se fue acercando cada vez más a nosotros para limar las asperezas. Poco a poco lo fuimos conociendo. Su simpatía, su carácter ayudador primó por encima de cualquier otra circunstancia, y su bondad. La bondad de Gonzalo nos arrastró, nos convenció. Y nuestros comportamientos fueron cambiando con él. Porque era un chico realmente único, solo había que conocerlo, no juzgarlo y dejarlo ser él. De la noche al día se convirtió en uno más del grupo. Que ocurriera de una manera tan natural era el mejor ejemplo de su buen corazón. Jamás demostró resentimiento hacia nosotros ni comentó nada del pasado, de cómo le tratamos al principio. Probablemente asumió que la

gente se equivoca y que eso hay que saber perdonarlo. Porque cuando uno quiere a las personas como son, todo sale mejor; porque todos tenemos defectos, sin embargo, estos no nos definen.

Era imposible acordarse de quién de nosotros lo integró definitivamente con el resto. Seguramente sería Andrés, aunque la idea de pagarle el viaje de fin de curso a Mallorca fue de Juan. Enseguida al grupo le pareció bien, no hubo nada que negociar. Todos pusimos un poco de dinero para que pudiera venirse con nosotros. Y él se mostró muy agradecido.

A la vuelta del viaje, un día Gonzalo llevó a clase un décimo de lotería de Navidad. Un número que coincidía con el de la habitación de Juan y Javi en Mallorca. El lugar donde nos reuníamos, contábamos anécdotas y nos reíamos. Fue un detalle gracioso, una tontería que estaba cargada de simbolismo. Ese que parecía sellar nuestra amistad para siempre, que enterraba nuestras vergüenzas y nos invitaba a un futuro inmejorable juntos.

Con el tiempo, nuestro compañero siguió con esa costumbre. Cada año se encargaba de buscar ese número, que decía era de todos, con el que alguna

vez incluso había fantaseado cobrar y repartir con el grupo, para que pudiéramos llevarnos un pellizco. Era una cantidad que no daba para ninguna locura, la verdad; no permitía más que deleitarse con algún capricho. A nadie se le ocurrió que el número pudiera salir premiado. ¡Si eso no tocaba nunca! Quién lo iba a decir, quién podía imaginar que años después sería el primer premio y que este podría ser de gran ayuda. Era tan increíble como que Gonzalo ese año se hubiera enfadado con nosotros. Un enredo maquiavélico y absurdo, digno de la trama de un novelista sin talento en un libro poco afortunado.

Sonia perseveró en su decisión. Momento en el que Javi y Juan se perdieron en la cocina. Andrés también se levantó de manera eléctrica y caminó en dirección al baño, como si sintiera la picadura de algún insecto en una parte blanda de su anatomía. Podía ser una necesidad fisiológica; sin embargo, mi intuición me dijo que había algo más.

Fui detrás, a interesarme. Me coloqué a su altura y le pregunté por cómo se encontraba. No respondió, aguantó unos segundos en silencio. Tuve que insistir un poco, hasta que finalmente se desmoronó y me contó todo lo que tenía encima.

Andrius pensaba igual que Sonia. Creía que no nos merecíamos ese premio, principalmente por lo que habíamos hecho sufrir a nuestro amigo. Daba igual si él nos había perdonado o no. Una cosa era que los hechos se hubieran sepultado por nuevos recuerdos y otra muy diferente, que hiciéramos como si no hubieran ocurrido. Porque habían ocurrido y eran sucesos de los que avergonzarse, de los que sentirse culpable y por los que pedir perdón. Esa era una verdad incontestable: nadie del grupo le había pedido perdón, al menos públicamente. Se había dado por hecho que el tema se había superado, sin más.

Andrés estaba en modo confesión, lo que abrió una terrible posibilidad en mi cabeza. Le pregunté si sabía dónde estaba Gonzalo. Negó saber nada de él desde el día de la bronca en la inauguración de mi herbolario, pero... Porque siempre había un *pero*, sabía algo que los demás desconocíamos. Lo noté en su respuesta cargada de culpa. Decidí estrujarle un poco más. Al chico le costaba abrirse, aunque dando vueltas sobre diferentes temas llegó al asunto que ocupaba su cabeza: el motivo real por el que nuestro compañero desaparecido se había enfadado el día de la inauguración de mi negocio.

Todo empezó con un comentario incómodo de Gracia sobre los gais, una de esas bromas absurdas y un poco molestas. Automáticamente, Gonzalo recriminó esas palabras. A lo que varias personas del grupo se interesaron por, digamos, si se sentía aludido personalmente. Hasta ese momento nadie se había preocupado de la orientación sexual de nuestro amigo. Nunca se le había conocido novia ni novio. Gonzalo era un ser *solo*, en toda la extensión de esa palabra y esa reacción tan espontánea y enérgica... No había que ser un lince para darse cuenta de que aquello lo afectaba de una manera directa. Él no quiso responder y volvió a reprobar a gritos esas actitudes entrometidas. Algunos entendieron que Gonzalo se había extralimitado en su réplica, hubo reproches por los dos lados, lo que emponzoñó la conversación, hasta llegar a ser una discusión en toda regla. E igual que ocurre en cualquier otra absurda polémica, no la terminó quien más o mejor argumentaba, sino aquel que por carácter hacía más ruido. Traducido a nuestro grupo de amigos: Juan; a pesar de que no había estado ni en el principio ni en el centro de la conversación. Porque él era así, no era mala persona, pero se tenía que meter, siempre se tenía que meter.

Tras su explicación, Andrés me soltó la bomba: Gonzalo no era gay. Lo era él... ESTO... ¡CÓMO PODÍA HABER ESTADO TAN CIEGA! Me quedé unos segundos en *shock*. Yo era buena viendo esas cosas, entendía de personas, sabía leerlas, descifrar aquello que la gente quiere esconder de sí misma. Y no me había dado cuenta en esos años de que ¡Andrius era gay! Todos los resortes de mis reminiscencias se vieron golpeados, igual que un juego de palancas que acciona recuerdos de millones de situaciones en las que yo podía haberlo intuido, y no lo había hecho. Él no tenía pareja, igual que Gonzalo; además, no se juntaba con chicas, salvo conmigo muy de vez cuando para charlar de libros, de cine, de arte, de viajes... De cuestiones que nunca tenían que ver con amoríos.

Hasta ese instante, Gonzalo era la única persona del grupo que sabía su secreto. Se lo había desvelado unos días antes de quedar en la inauguración del herbolario, poco después de revelar la noticia a sus padres.

Para los progenitores de Andrés había sido un drama. Él ya intuía que lo iban a llevar mal, pero jamás se hubiera imaginado que fuera tan exageradamente mal. Su madre había sufrido un ataque de ansiedad y su padre lo había amenazado

con no dejarlo entrar nunca más en su casa. Lo que pretendía ser un momento emotivo y especial al revelar que tenía pareja y era feliz se transformó en uno de los instantes más duros de su vida.

Estaba afectado, le había costado un mundo digerirlo. A pesar de eso, se sentía afortunado. Era difícil de explicar, por extraño que pareciera, la reacción de sus progenitores no podía enturbiar la felicidad que vivía con su pareja y necesitaba contar a la humanidad que era una persona con suerte, que por fin era una persona con suerte.

Posteriormente, Andrés pensó en compartir la noticia con nosotros, a pesar de que le daba pavor nuestra reacción. Más si cabe después de ver cómo se habían comportado sus padres. Por ese motivo, hizo una prueba con el más sencillo de sus amigos: Gonzalo. Se lo soltó un día que quedaron a tomar un café. Gonzalo, que era un pedazo de pan, reaccionó mejor de lo esperado. No solo se alegró por él, le dijo que no debía tener miedo por el resto de las personas del grupo. Lo apoyaríamos, éramos sus amigos y él estaría para ayudarlo a comunicarlo. La presentación de mi negocio era el escenario perfecto, asistiríamos todos y sería un momento festivo. Nadie podía imaginar que antes de que Andrius pudiera dar la noticia, alguien iba a

hacer aquel comentario tan desafortunado. Ni que Gonzalo saltaría de aquella manera, intuyendo el daño que podían hacer esas palabras a su amigo. Ni que el barullo posterior lo llevara a largarse de aquella manera.

Ante tal espectáculo, Andrés simplemente calló. Dejó pasar el vendaval, agazapado a la sombra del silencio que cubría los miedos y las vergüenzas como una cortina transparente. Y el resto era historia.

Escuché la confesión de mi compañero con lágrimas en los ojos. ¿Por qué las personas nos empeñábamos en hacer daño a quienes más queríamos? ¿Por qué era tan difícil? Él posó su mano con ternura sobre mi espalda en señal de cercanía. Mi garganta se anudó. Andrés miró directamente a mi rostro. «¿Tú no tienes nada que contarme?», me preguntó. «Nada que tú no sepas», contesté. No hubo espacio para más confesiones, porque se escuchó un aparatoso ruido proveniente de la cocina.

Era mejor no imaginar qué había pasado, estando allí Javi y Juan solos. Andrius y yo nos asomamos al salón. Observamos los gestos compungidos de Covadonga y Gracia, que se miraban entre ellas,

buscando una posible explicación en la connivencia con la otra. Andrés se asomó a la puerta y preguntó, mientras las demás aguantamos la posición, esperando un desenlace lo menos traumático posible.

Hubo que esperar unos segundos más, a que Juan saliera disparado de detrás de la puerta de la cocina. Iba tapándose la parte izquierda del rostro con el puño. Pidió que lo disculpáramos, le había surgido una cosa urgente y se despidió con la mano al aire, sin tan siquiera acercarse a nosotros, como si le quemara estar allí, como si le quemáramos. De golpe, nos convertimos en unos extraños que podíamos resultarle peligrosos. Vi a cámara rápida cómo mi amante cogía el camino que lo llevaba a la calle. Le pedí que no se fuera, se lo rogué, sin efecto alguno.

Tuve la agobiante sensación de que esa escena me perseguiría de por vida. Temía que lo que acababa de ocurrir tuviera tintes definitivos. Mis pulsaciones se dispararon, dudé si entrar en la cocina, aunque enseguida concluí que lo que tuviera que solucionar allí sería más asequible. Estaba bloqueada. Una angustia creciente empezó a recorrer mi cuerpo. Necesitaba salir corriendo, imitar los pasos de Juan, pero mis pies parecían

cosidos al suelo. Tardé segundos o minutos en reaccionar.

De repente, todos en el salón miraron el móvil. Pensé que debía ir a buscar el mío. Cuando estaba en casa nunca le prestaba atención a ese cacharro. Lo solía dejar apoyado en la mesa del salón o en alguna parte improvisada de mi cuarto. Estaba en la mesilla del dormitorio. Al cogerlo, vi que Juan se había salido del grupo de WhatsApp que compartíamos. Mis peores sospechas estaban a punto de cumplirse. Embestí a toda prisa la dirección de la salida, ante la atenta mirada de mis tres compañeros.

Nada más pasar la puerta, emprendí las escaleras hacia abajo, en el momento en que sonó el teléfono. En otras circunstancias no me hubiera influido, pero después de lo sucedido tuve claro que debía pararme a mirarlo. El mensaje era del grupo que compartía con mis amigos. De Gonzalo, que después de varios meses y muchos intentos de localizarlo por diferentes vías, había decidido dar señales de vida. Y de qué manera. Su texto era corto, sin embargo, no tenía desperdicio: «VOY A DENUNCIAROS A TODOS POR LO QUE OCURRIÓ CON EL PROFESOR DE GIMNASIA».

Media hora más tarde, me encontraba frente al portal de la casa que Juan tenía alquilada. Llegaron varios mensajes más al grupo. En ellos, mi todavía pareja insistía en que debíamos reunirnos de inmediato para solucionar el problema con Gonzalo y no sé cuántas historias más. Mi cabeza estaba en otro lugar. No sabía lo que iba a suceder en los minutos siguientes ni si iba a cometer uno de los peores errores de mi vida, pero necesitaba averiguarlo cuanto antes. Necesitaba contarle a Juan que estaba embarazada y que desde hacía bastante tiempo no sabía si quería o amaba a Javi. Guardé el móvil en el bolsillo y avancé los pasos que me separaban de mi destino.

CAPÍTULO 3

LA VERSIÓN DE COVI

—El fuego un poco más lento —le sugiero a Javier, mientras él suspira, desde mi posición escorada en la cocina de su casa. Por la frente lo recorren dos hileras de sudor y su camisa también ha sufrido el desfogue de sus glándulas sudoríparas. A pesar de eso, no huele mal. Por el motivo que sea, las bacterias de su piel no han traducido el sudor en mal olor. Eso no lo soportaría. Ni siquiera de mi amigo.

—No podemos permitirnos ir tan lento —apunta él, muy a su estilo, a la vez que se afana en salvar una cena que va camino de fracasar.

Un pollo al chilindrón, que tiene más de chilindrón que de pollo. A pesar de mis indicaciones, que tampoco es que sean unas directrices expertas o basadas en la empírica. Yo jamás he hecho esa receta. Para ser más exactos, yo casi nunca cocino. Eso me restaría tiempo para disfrutar del resto de experiencias que no me quiero perder. Un pecado imperdonable, en el que no estoy dispuesta a caer.

—Entonces no me puedo responsabilizar del resultado —concluyo, mientras me pregunto qué narices hago guiando a mi amigo hacía un final que tiene visos de acabar mal.

Javier ha ideado celebrar esa reunión e igualmente ha pensado que sería buena idea cocinar para todos. Siempre es tan excesivo...

Siempre tiene en la mente ayudar a los demás. Yo, sin pensarlo demasiado, me he prestado a buscar una receta para salir del paso. Y allí estoy. Dándole instrucciones, igual que si estuviéramos cocinando la pócima mágica para solucionar los problemas de nuestro grupo de amigos.

No quiero ser negativa. Trato de que las quejas y lamentos de mi compañero me resbalen, igual que el torrente de sudor lo hace por su cuerpo. E imagino que todo va a salir bien, se vea con la pinta que se vea. Tampoco soy una optimista redomada, no me entendáis mal. Sé distinguir cuando algo está abocado al fracaso, como por ejemplo, ese pollo. Lo que intento es que eso no se convierta en un drama. La vida no es drama, por mucho que el mundo esté repleto de personas dramáticas.

—Venga, que a lo mejor salvamos el desastre —apunta de pronto él.

Le sonrío. ¡Qué otra cosa puedo hacer! Esperar a que la receta del pollo salga bien, esperar a que aquella reunión vaya bien.

Oriento a Javier con la comida, igual que antes lo he hecho con el plan ideado para conseguir dinero. Él parece confiado. Si supiera qué tipo de persona soy en realidad, no lo tendría tan claro.

A pesar de lo que piensa mucha gente, no he triunfado en nada por lo que he luchado en mi vida. Tengo una buena posición y algunos contactos interesantes. Eso no me hace obligatoriamente una persona exitosa o feliz. No soy tan diferente a la joven gordita con un cargamento de inseguridades que necesitaba demostrar a los demás que era mejor que ellos. Me ha llevado años de terapia darme cuenta de que solo quiero una existencia

tranquila, junto a alguien que merezca la pena, del que me enamore hasta las cejas y con el que tener descendencia y mascotas; a lo mejor una casa a las afueras. La cruda verdad es que envidio a mis amigos. Ellos están más cerca que yo de conseguir esa vida; si no les envidio más, es porque aún no tienen hijos. Los sentimientos a veces son así de miserables.

—Si tú lo dices... —respondo sin dejar de mirar la comida. A lo mejor, el resultado no es tan malo.

He llegado hace una media hora a la casa de Javier y Mila con gran expectación. Nos encontramos ante una situación buena o mala, según a quien preguntes. Lo que es innegable es que estamos un poco descolocados por lo ocurrido con Gonzalo. Nos llevamos más o menos bien entre nosotros. Nos conocemos desde hace más de dos décadas y no somos tan diferentes entre nosotros, a pesar de que a simple vista cualquiera diría lo contrario. La prueba es que seguimos viéndonos después de tanto tiempo, al menos dos veces al año. Es lo que mantiene el equilibrio, lo que hace que el conjunto tenga sentido.

—Hemos hecho lo que hemos podido —afirma él, mientras da un último sorbo con una cuchara de madera para probar el guiso.

—Claro... Aunque por el momento esto no está saliendo como habíamos pensado. Mila no debería estar aquí y Andrés llega tarde. A ver cómo reconducimos la situación.

Javier y Mila son una pareja peculiar. Teóricamente ellos son los que han convocado a los del grupo para hablar del problema con Gonzalo. En primer lugar, él envió un WhatsApp diciendo que sabía cómo conseguir el dinero de la lotería. A continuación, su novia convocó una reunión en la casa para hablar del tema y para

vernos. Sobre todo para vernos. Mila siempre cae bien, a pesar de su constante tono empalagoso, y de que en ocasiones cueste digerir sus oleadas bruscas de euforia.

—Tranquila —pide Javier—. Nada sale a la primera. Encontraremos la manera de contar el plan sin que se enteren Mila y Juan.

—El verdadero plan —puntualizo.

—Sí, sí, entiéndeme. Lo de contar a todos que vamos a encontrarnos con Gonzalo y convencerlo de que nos dé el dinero lo dejaremos para después de la cena.

El verdadero plan lo hemos ideado entre Javier y yo hace una semana. Es bastante peliagudo. Bueno, sin paños calientes, es algo moralmente reprobable. Él dice que es justo hacerlo así; a mí me parece que aquello no tiene nada que ver con la justicia, ni con la lealtad. Es feo lo mires por donde lo mires. Eso no quita que quizá sea lo mejor para la mayoría.

—¿Os queda mucho? —irrumpe de nuevo Mila.

Lleva entrando y saliendo desde que hemos empezado a cocinar. Sacando platos, vasos, cubiertos... Canturreando alguna canción de Joaquín Sabina, de esas que te taladraban la cabeza o de algún cantautor de ese estilo. Es imposible saber cuál en ese espectro de artistas.

—Está casi listo —comenta Javier, sin dejar de dar vueltas con la paleta de madera.

Nuestra idea inicial ha fallado y el plan trazado puede venirse abajo en cualquier momento. Queríamos quedar unos quince minutos antes para explicar los detalles a Gracia y a Andrés. Sin embargo, Mila, que se suponía iba a estar haciendo los últimos

recados, ha decidido encargar la compra para que la lleven a casa y está revoloteando en nuestras narices. A lo que hay que sumar que Andrés ha tenido un problema y llegará más tarde. Ya casi se ha pasado ese cuarto de hora de margen. Para complicar más el asunto, Juan, que es un impuntual incorregible, ese día ha tenido un ataque de prisa y acaba de enviar un mensaje al grupo comentando que solo llega cinco minutos tarde. Lo que comprime el tiempo hacia una situación inesperada y agobiante.

—¿Se te ocurre alguna cosa para deshacernos de Juan y Mila? —le pregunto en un momento de efímera intimidad. Y espero la respuesta tras un sorbo a mi vaso de Coca-Cola.

—Ni idea —comenta él, afanado a los fogones—. Habrá que improvisar. Algo que los ahuyente a los dos de la casa unos minutos.

Me toca resolverlo a mí otra vez. No lo pienso mucho. Abro el cajón de los cubiertos, localizo el sacacorchos y me lo guardo corriendo en el bolso. Después insisto a mi amigo:

—¿Y qué hacemos? ¿Se lo contamos ya a Gracia?

—El problema es Mila. Mientras esté dando vueltas por aquí no podemos hacer nada. Si ella se entera de la verdad le podría ir con el cuento a Juan. Ya sabes lo bien que se llevan...

Parece increíble la relación que tienen los anfitriones de la casa. Yo envidio a las parejas que son capaces de conocer los límites en una relación, igual que ellos, sin tener que imponerlos. Jamás se han planteado casarse, el respeto parece suficiente. Cuánto hubiera cambiado mi vida si mis exparejas me hubieran respetado. Todas me quisieron, me desearon, incluso algunas me amaron. Pero el respeto, eso es lo que marca la diferencia. Siempre lo he

tenido en mi trabajo, me lo he ganado. En mi vida personal es otra película.

—Está bien, déjame que intente una cosa... —le digo.

Juan aparece por la puerta, llenando el espacio de ruido con su actitud. Es un hombre de esos que se quieren demasiado, lo que no quita que sea agradable, casi siempre. Parece nervioso, más que otras veces. No sé, a lo mejor es cosa mía. Es inevitable que lo vea con otros ojos, después de las últimas informaciones que tenemos sobre él. En cuanto entra, va a molestar a Javier. No puede evitarlo, tiene que sacarle de quicio. E intenta a volver al salón.

—Espera, antes de que te vayas —intervengo—. Haz algo útil. Se nos ha roto el único sacacorchos que teníamos. ¿Puedes bajar a comprar uno?

Mila vuelve a asomarse por la puerta.

—Yo te acompaño —dice ella, adelantándose a la respuesta de Juan.

Los dos se van para la calle. Parece que tienen la misma sintonía que en el instituto, a pesar de que cada uno ha seguido su camino. Yo los llamo *los tortolitos*, con cierta sorna. El apelativo no lo inventé yo, se lo escuché una vez a Gracia y me lo quedé.

Javier y yo aprovechamos para ir al salón, dejando al pollo que termine de hacerse. Para disimular, sacamos aperitivos improvisados y nos ponemos manos a la obra.

Javier le resume el verdadero plan a Gracia. Yo me quedo a su lado, observando absorta la escena y el escenario. A veces me ocurre. Me cuesta mantener la concentración si se habla de situaciones que ya he vivido varias veces en mi cabeza. Quizá me

saturo de tanto estímulo y mi mente, para compensar, divaga; o quizá me aburren las obviedades y necesito buscar otros impulsos más emocionantes.

Miro a mi alrededor. El salón es un espacio variopinto de unos quince metros cuadrados, con una disposición romboidal. Destaca por sus altas ventanas, vestidas con unos visillos de color blanco nuclear. La carpintería es antigua, sin una pizca de barniz, aunque con un toque de elegancia, igual que las cosas clásicas que se intuyen valiosas. La mesa principal es ovalada, de madera de ébano, cubierta por un mantel que parece una obra artesanal, de color blanco sucio. Con las sillas a juego, altas y mullidas. Demasiado mullidas. E impares. Las estanterías son de una madera más clara y rebosan libros de diferentes tamaños sin un orden ni una temática predominante. En el mismo espacio sobreviven *Mein Kampf* y *Alicia en el país de las maravillas*, como si no estuvieran tan distantes en sus mensajes el uno y del otro. No hay un aparato de televisión, como en la mayoría de los hogares españoles, no hay espacio para algo así. Tampoco hay aparadores ni muebles con cristalerías donde exhibir la vajilla que no se utiliza. Ni mucho menos retratos de los habitantes de la casa. En lugar de eso, las paredes están decoradas con infinidad de imágenes de distintos lugares del mundo: una cascada impresionante, una playa de arena negra, un castillo en lo alto de una montaña, un lago con icebergs, un paraje montañoso espectacular, el puente sobre una bahía, un paisaje desértico propio del Oeste americano... Todas colocadas sin un orden o sentido. Igual que en un bazar o en un rastro donde los propietarios no saben qué objetos tienen ni el valor de los mismos, ya que solamente importa que alguien se

lleve rápido aquel barullo de objetos. El lugar tiene su punto, es caótico y a la vez puede considerarse acogedor. Desde luego, no es un salón a mi gusto; aun así, me encuentro cómoda en él. Y si lo pienso bien, pega con Javier y Mila, es igual que ellos. Al fin y al cabo, eso es lo importante.

—Entonces, en realidad yo no tengo que hacer nada, ¿no? —pregunta entretanto Gracia.

—Tú te llevarás tu parte, pero solo tendrás que seguir la corriente—apunta Javier.

—¿Quiénes estamos en esto?

—Todos menos Juan por razones obvias; Gonzalo, a su vez por razones obvias, y Mila no está porque no nos fiamos de que se lo cuente a quien te imaginas. Aunque, de manera indirecta, se llevará su parte.

—¿También Esther?

—Claro, es lo justo —asiente él, con el gesto convencido—. También lo hacemos por ella. Son seis partes: nosotros tres, Andrés, Esther, y Sonia, que ya conoce en qué consiste.

—Vale, repetidme otra vez el proceso para que no me despiste —pide Gracia.

Mi amigo me mira, y asumo que quiere que lo exponga yo. Todos saben que soy *más realista*, y que huyo de la parafernalia y el entusiasmo innecesario. E intervengo:

—La verdad es que a pesar de la pantomima que vamos a organizar, no sabemos cómo localizar a Gonzalo. Y ese cuento de que yo he detectado que saca dinero de un cajero algunos martes es mentira. Ese es el gancho para que caiga Juan.

Hago una pausa, bebo un trago y miro a mi amiga. Después a Javier. A nadie le gusta reconocer que va jugársela a uno de los suyos de una manera tan vil, independientemente de que se lo merezca o no.

—Entonces, seguimos sin tener ni idea de dónde está el pirado huido —corrobora Gracia.

—Solo sabemos a ciencia cierta que cobró el premio —continúo—. Lo más probable es que se haya esfumado con él. Y ese dinero, que nos vendría de perlas a todos, no lo vamos a conseguir de la lotería.

—Por culpa de que Juan se enzarzara con Gonzalo en una discusión absurda —apostilla Javier.

—Creo que eso no es solo culpa de él —corrijo yo.

—¿Ni lo de Esther? —pregunta él automáticamente, buscando justificar lo que parece injustificable.

Tengo que respirar profundamente, obviando las palabras de mi amigo.

—Vale, que nos desviamos y no tenemos mucho tiempo —añado—. El caso es que hace unos meses Juan me preguntó por una inversión en la que quería entrar con unos socios. Se trata de la compra de unos terrenos para edificar casas turísticas en el Caribe. Un negocio que, de salir bien, le reportará una buena cantidad. Tanta como para retirarse a vivir de las rentas. Primero, él tiene que aportar un desembolso importante: unos 180 000 euros, casi el total de lo que tiene ahorrado. Yo estuve una mañana ojeando la operación y parecía segura. Luego fui a su oficina y lo intenté ayudar con el papeleo.

»Sin embargo, un día me llegó una alerta al correo del trabajo. Una de esas informaciones sobre estafa que no trascienden a la opinión pública. Era sobre la empresa en la que iba a invertir nuestro amigo. El comunicado avisaba de que dicha compañía — en realidad una filial, pero la misma, al fin y al cabo— había engañado a inversores en otros países de Latinoamérica y que tenía diversos litigios pendientes. Una estafa piramidal de manual. Y una de esas situaciones que no llegan a la prensa, debido a que entre los implicados están miembros de gobiernos, grandes empresarios... Vamos, donde el dinero que se mueve es mayoritariamente de dudosa procedencia. A mí me recordó enseguida a lo que ocurrió en su día con Fórum Filatélico.

Gracia asiente, indicando que comprende el relato.

—Ahora dicha empresa ha llegado a España —continúo—. Se ve su publicidad en la versión digital de diferentes portales de revistas económicas. De ahí la alerta que me había llegado al *email*. En cuanto me enteré, fui a por el móvil para avisar a Juan. Y en ese momento me llamó Esther.

—¿Te llamó para contarte sus problemas con Juan? —pregunta asombrada Gracia—. ¡Justo en ese instante! ¿Y por qué te llamó a ti?

Yo asiento, entendiendo a qué se refiere mi compañera. Y sigo:

—Esther me comentó que no confiaba en Mila para hablar de ese asunto, pensaba que ella lo iba a justificar. Estaba destrozada, llevaba meses sufriendo abusos psicológicos por parte de él, cada vez de forma más agresiva. Hasta ese momento no se lo había desvelado a nadie. Yo le planteé acompañarla a comisaría para denunciar, pero ella se negó. Dijo que no quería perjudicar a su

marido, que no era tan grave y que podían solucionarlo entre ellos. Al parecer solo necesitaba desahogarse.

—¿Y qué hiciste?

—Sentí mucha rabia. Pensé que Juan no era la persona que yo creía que era y que no se merecía que lo avisara del fraude de la inversión donde se iba a meter. Dudé entre varias opciones. Entonces me acordé de Javier, que había estado en su juventud en una ONG en la que, entre otras cosas, ayudaba a mujeres víctimas de maltrato. Pensé que él sería el más indicado para aconsejarme.

—Me llamó y me contó la historia —interviene él.

—Y ¿por qué no te consultó a ti antes Esther? —duda Gracia.

—Supongo que por falta de confianza en mí o por ser la pareja de Mila—expone Javier—. ¡Vete tú a saber!

—De acuerdo. Seguid, por favor.

—Hay que tener en cuenta que hacía poco que había ocurrido lo de Gonzalo —comenta él—. Todos estábamos un poco nerviosos con ese tema...

—Déjame que se lo explique yo —apunto, interponiendo mi mano en la de él, para poder ser más precisa ante la falta de tiempo—. Después de hablar de los malos tratos, le comenté a Javier lo de la inversión fraudulenta de Juan. Y ya lo conoces...

—Si existiera justicia en el mundo, ese maltratador perdería su dinero —apostilla él—. Eso fue lo que dije. Y tú me replicaste con: «Eso es de lo más sencillo. Si yo quiero, puede perderlo todo. Basta con que no le comente nada de la estafa».

Gracia mira fijamente a su amigo con un brillo más luminoso en sus ojos.

—Fue cuando a Javier se le ocurrió la idea —continúo yo—. Podía ocurrir algo incluso mejor que Juan simplemente se quedara sin sus ahorros: que creyera que los había perdido, mientras en realidad se utilizaran para un buen fin, para ayudar con él a personas que lo necesiten más que él.

—A Sonia con su enfermedad —puntualiza él—; a ti que estás sin trabajo; a Esther, para compensarla por los años de maltrato; a Mila, para sacar adelante su tienda... Tenemos la oportunidad de devolver el dinero del premio de la lotería al lugar que le corresponde y compensar esa injusticia.

—O sea, a nosotros —confirmo yo—. La idea es que él crea que hace esa inversión inmobiliaria y pierde sus ahorros, mientras que en realidad nos lo repartimos nosotros seis.

Veo el rostro de Gracia e intuyo que ella está alineada con los pensamientos de Javier. Por un momento vuelvo a sentirme incómoda. Yo tampoco creo que el dinero sea algo de vida o muerte para ninguno de los del grupo; salvo en el caso de Sonia, si quiere verse de ese modo. Quizá sea porque para mí simplemente es un recurso más, mucho más volátil y efímero que cualquier otro que podemos considerar importante. Aprendí esa lección de la peor manera posible, con mis padres. Ellos fueron un matrimonio estable hasta que les fue bien económicamente, el momento en que se dieron cuenta de que no se necesitaban.

—Pero ¿cómo lo vamos a hacer? —pregunta Gracia en un tono más impaciente.

—Eso es lo mejor —le explico—. No hay que hacer nada más que seguir el juego. Yo me encargaré de ir uno de los martes por la mañana a la oficina de Juan. Allí, como ya me conoce su

secretaria Mafe, nada más que tendré que pedirle los papeles necesarios para arreglarlo: las cuentas bancarias y los documentos de propiedad. Luego, le diré que la inversión está en marcha, cuando en realidad lo que voy a hacer es coger ese dinero para transferirlo a una cuenta de mi propiedad en un paraíso fiscal. Desde ahí me encargaré de distribuirlo en partes iguales: 30 000 euros a cada uno, casi la cantidad que nos tocaría al dividir el premio de la lotería entre los nueve implicados.

—¿Y cómo seremos capaces de mantener lo que habéis inventado? —insiste Gracia.

Suena el timbre. La dueña de la casa jamás usa las llaves, así que es momento de callar.

Javier va a abrir.

No son los tortolitos. Es Andrés.

—Ya me contaréis luego lo que sea —comenta el recién llegado, en cuanto le decimos que no están Juan ni Mila—. Paso de quedarme a medias.

Andrés se dirige a la cocina. Es imposible seguir la contraria a alguien tan indescifrable. Y tan atractivo. Por algún extrañísimo motivo, ese hombre me parece alguien fascinante, aunque jamás se lo he confesado a nadie. Mide 1,70 m; es rubio, como suelen gustarme los hombres; con la piel pálida, y unos ojos azules huidizos que se cubren con unas gafas de montura gruesa de color marrón. No sonríe mucho, pero cuando deja ver su boca, los hoyuelos se le marcan robustos y deliciosos. Tiene un pequeño bigote que se dibuja por encima de unos labios carnosos. Y su pelo es liso y delicado, habitualmente peinado por la suerte, como si no fuera conveniente domarlo. Ese día va vestido igual que

siempre: con sus zapatillas deportivas, los vaqueros ajustados y el mismo modelo de jersey, uno que tiene al menos en cuatro colores distintos. Con su pose rígida y vergonzosa, propia de alguien vulnerable que posee una sensibilidad especial, como los artistas o las personas que no se ajustan a los moldes agarrotados de la sociedad. Es sin duda mi amor platónico. Yo no tengo mucha cercanía con él y siempre lo he lamentado. Parece que no sé manejarme con esa clase de hombres, que me desarmen. Quizá por ese motivo me resultaba tan interesante.

—¡Este de qué va! —protesta Gracia al ver esconderse a Andrés tras la puerta.

Enseguida aparecen Mila y Juan. Esta vez ella sí que ha utilizado su llave.

No tardamos mucho en llevar la comida a la mesa grande. Y sin más dilación damos por inaugurada la cena.

Busco mi sitio. Como habíamos planeado, me siento al lado de Juan. Soy la más indicada para que tampoco se putee demasiado, a pesar de que él es con quien menos me apetece compartir mesa de los presentes. Y trato de darle conversación:

—¿Tienes hambre?

Hay que seguir con los tiempos marcados. Él querrá hablar del asunto de la lotería cuanto antes. Yo, que soy experta en negociación, he convencido a Javier para que no se trate el tema hasta que no termine la cena. Dejaremos que Juan se ponga un poco nervioso, que pueda pensar, desesperarse ante la pasividad de los demás. Eso ayudará a que, a pesar de las reticencias que seguro mostrará en el momento en que le digan su labor en el plan inventado, acepte más fácilmente.

—Tengo ganas de ver a qué nos lleva esta reunión —responde Juan con voz cansada.

—Yo también estoy expectante, pero creo que primero comeremos. Mientras..., a disfrutar de la compañía, ¿no?

—Si no hubieran dicho que tenían una solución para recuperar nuestro dinero, no hubiera venido —se sincera él por lo bajo, acercando su rostro un poco más.

—Qué humor gastas, Juanito. Con lo que tú eras.

Mi amigo parece relajarse. Ahora que le tengo pegado a mí, no puedo evitar pensar en lo que se dice de él. Y recuerdo la conversación por teléfono con Esther, ese relato difícil de asimilar.

Según ella, lleva años sufriendo los abusos verbales de su pareja, sus malos humos y humillaciones. Lo peor son las amenazas. A él no le gusta que vaya vestida de una determinada manera ni que tenga ciertas amistades o se ausente de casa demasiado tiempo. Luego está lo de su trastorno. Para Juan es un invento, a pesar de que Esther jura que es algo muy real. Y ya es lo suficientemente duro llevar años buscando un diagnóstico preciso para esa dolencia, como para que encima él no la apoye ni la crea. Sea lo que sea a nivel médico —enfermedad de Crohn, colitis ulcerosa o cualquier otra patología intestinal—, mi amiga tiene problemas de estómago al ingerir ciertos alimentos. No es matemático, ni constante. No todas las veces que ingiere las mismas comidas le ocurre, aunque hay nutrientes, horas y situaciones que propician que suceda más. Cuando lo sufre se tira varios minutos pegada a la taza del váter que tenga más cercano. Es difícil de explicar, de

vivir, sobre todo es difícil que el resto de las personas puedan entenderlo.

Ahora me queda escuchar la otra verdad. Procuro parecer cercana, necesito que Juan piense que estoy de su lado.

—Esther no es la persona que aparenta ser —confiesa él con un gesto apesadumbrado.

Mi amigo continúa hablando, empeñado en desacreditar a su expareja, mientras se lamenta por los rumores vertidos sobre él. Dice que cree que ella es anoréxica, que es un modo de decir que es una mentirosa. Parece ofuscado con el tema. Charlamos durante varios minutos. Aparento ser comprensiva con él, sin ahorrar en caricias emocionales y poco a poco noto que él rebaja su nerviosismo. Algo fundamental para llegar a la armonía que estamos buscando en el ambiente. Para ser francos, yo no tengo ni idea de lo que ha pasado entre él y Esther; no sé qué es mentira y qué no lo es en esa historia. Lo que tengo claro es que la verdad en ese tipo de conflictos no tiene por qué ser equidistante entre las dos versiones de los implicados. Y a pesar de que mi amigo no parece culpable a simple vista, me sale ponerme del lado de la víctima y en contra del posible agresor.

Ha llegado el momento de tomar un respiro.

—Ahora vengo —comento, mientras me levanto para ir al servicio.

No tardo mucho.

Al volver veo a Juan pidiendo ayuda a Javier y a Andrés para que le acerquen el pollo al chilindrón. Antes de que reaccionen, se levanta nervioso, estira el brazo y alcanza con dificultad el extremo del recipiente de cristal. Javier, al verlo, agarra la bandeja

del guiso y la eleva acercándosela. Momento en el que los dos la sueltan, pensando que la tiene bien sujeta el otro. Como resultado: la bandeja cae sobre la mesa y la comida vuela por los aires. El pollo no llega muy lejos, se precipita en el mantel, pero las patatas y el condimento que lo acompañan se diseminan por mi cara, mi cuerpo, mi vestido... Todo queda embadurnado de la maldita salsa. Una orgía de ingredientes esparcida, mostrando un cuadro de arte moderno, quizá sin arte y pasado de moderno.

—¿Por qué has soltado la bandeja antes de que la cogiera? — increpa Juan, mientras se coge la mano derecha con la otra.

—¿Yo? Te la he dado. ¡La tenías tú! No siempre la culpa la tienen los demás, ¿sabes?

El resto nos miramos, como quien observa una escena que le es ajena, aburridos de una rutina que no nos aporta nada.

Y enseguida nos esmeramos en recoger el estropicio. Cada uno a nuestra manera: Mila, riéndose al principio y con un petardo en el culo después; Javier, con cara de pocos amigos; Juan, desapareciendo de la escena; Gracia y Andrés, liados entre bayetas, papel de cocina, la fregona... Yo intento sumarme a esa última causa. Tras limpiarme el rostro y el vestido, cojo la fregona.

Hasta que Juan vuelve al salón.

—Bueno, ¿podemos hablar de una jodida vez del tema que nos ha traído hasta aquí? —suelta de manera brusca.

—Juan, tranquilízate un poco —lo increpa Javier, bayeta en mano—. Creo que estás muy nervioso últimamente. Y mira la que has liado.

—¿Qué pasa? ¿Tienes prisa por ir a amedrentar a otra persona? —ironiza Gracia— Con nosotros eso no te va a servir.

—Eso puedes tenerlo por seguro —apuntala Andrés.

—Está bien. Veo que todos estáis contra mí. Y que solo queréis vacilarme. ¿Vais a hablar de una vez de ese dichoso plan? Porque si no, me largo.

—Claro —comenta Javier—, estaba esperando a que termináramos de comer. Yo creo que recogemos esto y os cuento lo que he pensado.

—No te preocupes —interviene Mila, aún con una sonrisa absurda e inoportuna en el rostro, a la vez que deja el espacio ordenado—. Podéis empezar.

Mi amigo acepta su papel, como si no lo hubiera ensayado una y otra vez en su cabeza, y tuviera que improvisar esas palabras. Desde luego, es un actor superlativo.

—Sabemos que Gonzalo ha dejado su casa de alquiler y ha renunciado a su trabajo —comienza a exponer Javier—. Gracias a Covi, le hemos espiado sus extractos bancarios y el décimo se ha depositado en una cuenta a su nombre.

—Cuéntanos algo que no sepamos —gruñe Juan.

—Tranquilo. Solo estaba resumiendo la situación.

—¿Y si le ha pasado algo malo? —pregunta Mila.

—Yo he consultado por todos los hospitales de Madrid —contesta Andrés—. No hay constancia de ingreso en ninguno. Ni tampoco en el depósito, por si hubiera pasado una desgracia mayor.

—Nos estamos desviando otra vez de lo importante —interviene de nuevo Juan, visiblemente cansado—. ¿Sabemos o no sabemos dónde está Gonzalo?

—¿En serio nadie más piensa que lo más probable es que tenga un problema y por eso ha desaparecido? —insiste la anfitriona.

La gente la mira, quitándole la razón con los ojos, compadeciendo que tenga esa forma de ser tan... tan... suya.

—¿Después del episodio que vivimos la última vez que nos vimos? —replico yo, tratando de avanzar—. Lo más probable es que Gonzalo esté enfadado.

—Ante todo con este. —Apunta Javier con la cabeza hacia su contrario.

—No me toquéis más las narices —avisa Juan—. Estoy a punto de estallar.

—Y si estallas, ¿qué vas a hacer? —esgrime Javier—. Ninguno de los que estamos aquí somos Esther.

Juan se queda callado disolviéndose en las miradas inquisidoras de los presentes. Entonces acepta:

—Ya veo: yo soy el malo, ella es la mártir. Deberíairme y dejaros con vuestros juegos. Si estoy aquí es principalmente por ella; el dinero lo quiero para Esther. A ella le hace falta, a mí me importa tres narices.

—Está bien —trato de calmar los ánimos—, vamos a centrarnos. Si nos echamos las culpas los unos a los otros no conseguiremos gran cosa.

—De acuerdo —admite Javier—. A lo que iba: Hemos averiguado que Gonzalo ha estado sacando dinero de la cuenta en la que se ingresó el premio. Lo hace algunos martes por la mañana, entre las 9:30 h y las 10:30 h. Eso nos da una oportunidad.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —pregunta Juan.

—500 euros —apunto yo—. Siempre la misma cantidad, en el mismo cajero.

—¿Para qué querrá el dinero el *jodío*? —pregunta Gracia.

—Como decía —continúa Javier, ignorando a su compañera—, la idea es que hagamos entender a Gonzalo que seguimos siendo sus amigos. Que no puede romper con la historia de varios años por una tontería. Así lograremos recuperarle.

—Y la pasta —apunta Gracia—. A ver si se nos va a olvidar con todo el trajín...

—Conseguiremos volver a la normalidad —sigue Javier—, cuando entre en razón. Entonces dispondremos de nuestro dinero. Para eso necesitamos que tú, Juan, vigiles ese cajero. No está muy lejos de tu oficina y seguro que el martes puedes hacer un hueco en la agenda para estar pendiente.

—¿Y qué tengo que hacer cuando lo vea, según tú?

—Sencillo. Solamente avisar a Mila. Ella y Andrés serán los encargados de la siguiente fase y tú podrás volver a atender tu negocio.

—Perfecto. Yo me quedo fuera para no molestar —aporta Juan—. ¿Y cuál es el papel del resto si puede saberse?

—En cuanto a vosotros —continúa Javier, mirando a la dueña de la casa y a mi amor platónico—, debe parecer un encuentro fortuito. Ese día habéis quedado para comprar un regalo para quien se os ocurra. Lo importante es que habléis con él, le digáis que estáis muy preocupados. Y que él hable también, que se desahogue. Lo que necesite.

»Después, Mila convencerá a Gonzalo para que venga un día a casa. Yo me encargaré del trabajo más sucio, no quiero cargároslo

a ninguno. Aquí lo haré entrar en razón sobre la lotería. Estoy seguro de que cuando le explique la necesidad económica que tenemos, él accederá. Luego, Gracia y Covi se encargarán de las gestiones económicas, para que no haya problemas y recibamos nuestra parte.

—Un plan redondo —comenta Juan.

—Sin fisuras —aporta Gracia.

—Es una cosa de todos —aclara Javier—. Si ponemos de nuestra parte y nos ceñimos a estas instrucciones, no tiene por qué salir mal.

—Saldrá genial —añade Mila—. Y volveremos a tener con nosotros a Gonzalo. ¡Me encanta!

Varios de mis amigos sonríen, sacudiendo la tensión, abrigando con su mueca al resto de compañeros. A partir de ahí las miradas se hacen más cercanas. Por primera vez desde que ha empezado la noche parecemos un grupo condimentado de la misma manera, con un mismo sentido y objetivo, a pesar de las pequeñas reticencias que pudiéramos tener. Da lo mismo si nuestro planteamiento no es perfecto, si no convence en su totalidad, incluso da lo mismo si es una burda mentira para enmascarar las verdaderas intenciones. A veces la estética de ciertos engaños es más real que la propia verdad. Juan y Mila parecen convencidos, cada uno a su manera. Y ese es el quid de la cuestión.

Llega el momento de conectar con Sonia. Ahora sí va todo según lo previsto.

—¡Hola, chicos! Qué alegría veros —comienza Sonia desde el otro lado de la pantalla.

Nuestra amiga parece agotada, aunque se la ve contenta. Me preocupo, ella es una especie de termómetro del grupo:

—Hola, guapa. ¿Cómo estás?

—Un poco cansada, pero me encuentro bien. Esa es la verdad. Gracias.

—Hemos estado hablando de cómo recuperar el dinero de la lotería —comenta Javier—. Ya lo tenemos todo organizado. Solo hay que...

—Veréis —lo para Sonia—, estos días he tenido mucho tiempo para pensar. Para analizar qué me pasa y por qué. También he pensado en lo de intentar recuperar el dinero. Y creo que es mejor dejar las cosas estar.

En unos segundos, nuestra previsión y el horizonte imaginado se van al carajo. A Sonia le da igual nuestro planteamiento, seguramente porque no le interesa imaginar lo que va a ocurrir dentro de unos meses, porque lo único que quiere es saber qué va a hacer con su vida en ese mismo instante. Lo demás no existe. Muy *carpe diem* y muy moderno, pero revienta nuestras expectativas. Es un golpe directo a la línea de flotación del plan, ya que ella sustenta emocional y moralmente la idea. Si en algún momento alguno de los seis implicados flaquea creyendo que no hace lo correcto, que es injusto, o que es demasiado; está Sonia. Hay que hacerlo por ella, por ella merece la pena. Sin embargo, si nuestra amiga suelta de esa manera tan explícita que no necesita el dinero, ¿qué pretexto tenemos ahora para comportarnos como unos cabrones?

—No me puedo creer lo que estoy oyendo. ¡Es tu vida lo que está en juego! —exclama Juan.

—¡Exacto! Es mi vida —explica Sonia—. Y la vida de Gonzalo. ¿Alguien de vosotros se ha preguntado por qué ha ocurrido esto? No hablo solo de mí. Nos lo merecemos. Todos.

En el fondo tiene razón. Estamos tan preocupados por la necesidad de ese dinero que ni siquiera nos hemos planteado si nos lo merecemos. Ese billete de lotería lo compra Gonzalo y lo comparte con el grupo. Lo hace voluntariamente y nosotros aceptamos, sin prestar demasiada atención al detalle. Si quisiéramos reclamar legalmente que ese premio nos pertenece, no habría forma de hacerlo. Porque nadie paga su parte ni se hacen participaciones ni ningún otro documento que acredite que ese décimo es compartido por nueve personas. Nuestro amigo lo compra, lo mantiene en su poder y nadie habla nunca más del asunto.

—No voy a discutir con vosotros mi decisión —finaliza Sonia—. Es algo meditado y que no quiero que me robe más tiempo del que ya lo ha hecho.

Cada uno afronta esa respuesta a su manera. Javier sale del salón con el gesto compungido, en dirección a la cocina. A los cinco segundos, Juan lo sigue. Andrés se levanta igualmente para ir al baño. Al poco, Mila se va detrás de él. Gracia, más entera, le relata a Sonia lo mala que está la cena, pero lo bien que nos lo estamos pasando... Las dos parecen dos chiquillas divirtiéndose en el recreo, después de una tediosa clase de Física. Yo, que parezco no pertenecer a ninguno de los pequeños mundos de mis compañeros, me quedo callada, observando qué más puede pasar en esa noche de sobresaltos; dándole vueltas a la situación que estoy viviendo. Creo que hay algo que no encaja. Intento entender

mejor los motivos de la decisión de Sonia. Le mando un mensaje privado por WhatsApp, mientras seguimos en la videollamada. No es que quiera convencerla de nada, o quizá sí.

Al instante, me contesta por la famosa aplicación de mi smartphone:

—Gracias, Covi, pero no pierdas el tiempo. Es una decisión meditada. Podéis repartiros el dinero entre los cinco. A mí no me hace falta. Hay una nueva ilusión en mi vida.

—¿Una nueva ilusión? —pregunto sorprendida—. ¿Un chico?

—Sí, un chico, si lo quieres saber. No tengo por qué ocultarlo. Él lo ha cambiado todo. Ahora me siento más tranquila, más cuidada, más feliz.

—¡Eso es genial! Me alegro por ti —finalizo, mientras sigo observando a mi interlocutora telefónica por la pantalla del ordenador.

No puedo evitar pensarlo..., aunque sea políticamente incorrecto: «¡Ya es mala suerte que Sonia encuentre un chico precisamente ahora!» En realidad, me alegro por ella. Todo lo bien que pueda hacerle, bienvenido sea, pero con respecto al plan... es imposible convencerla si el motivo es un hombre.

Al final me rindo. Si no funciona lo que habíamos pensado, no funciona. No sirve de nada darle vueltas... Y me uno a la conversación de mis dos amigas, riéndome de sus ocurrencias. Con ellas es tan fácil...

Estoy tan metida en la conversación que casi no me doy cuenta del fuerte golpe que se escucha en la cocina. Andrés aparece de repente en el salón, sobresaltado; también Mila. Él va a asomarse para ver qué ha producido aquel estruendo, mientras las chicas esperamos. Gracia se despidе a toda velocidad de Sonia y pregunta a las demás:

—¿Qué narices habrá pasado?

—Yo no quiero ir a mirar — aporreo yo.

—Ahora nos dirá Andrés —asume Mila.

Al poco aparece mi amor platónico, sin mediar palabra y se queda como un monigote delante de las tres, a pesar de que nuestras miradas lo taladran. Unos segundos más tarde, el que llega tras la puerta de la cocina es Juan, igual que un dibujo de sí mismo, con el rostro descompuesto y la mano derecha tapándose la cara. Suelta algo ininteligible y camina en dirección a la calle, sin que nadie se atreva a mostrar oposición. Si acaso, Mila intenta detenerlo bajo una petición estéril y una expresión de animal abandonado bastante teatral. Cada uno nos formamos una idea de lo que puede haber ocurrido, algo que es mejor no verbalizar. Andrés se acerca un poco más a donde nos encontramos Gracia y yo, sin pronunciar palabra. Las dos exigimos respuestas con el gesto. Él se encoge de hombros y se sienta. Mila está detrás de él, ahora parece petrificada.

Sin dejarme respirar, llega una notificación al móvil. Lo miro, no es nada importante. E instintivamente voy al grupo de WhatsApp que compartimos, como si buscara en él la solución a alguna de las situaciones que se van amontonando esa noche. Ahí lo veo: Juan ha salido del grupo, sin decir nada.

—No me lo puedo creer —digo.

Gracia acude corriendo a por su teléfono.

—Ahora vengo —suelta la anfitriona de la casa, mientras pasa a toda velocidad por nuestras narices en dirección a la salida.

—¡Espera! —grita Andrés sin ningún efecto.

Al momento llega un mensaje a ese mismo grupo. Es de Gonzalo que nos amenaza con denunciarnos por un suceso de hace catorce años. Lo que faltaba...

Necesito tiempo para digerir lo que está pasando. Empiezo a elucubrar opciones que no me hagan perder demasiadas cosas esa noche. No quiero perjudicar a mis amigos, tampoco perjudicarme a mí misma. Lo más extraño es ese mensaje de móvil. Quizá el comportamiento de Gonzalo en los últimos días no tenga que ver con ese enfado en la inauguración del herbolario. Entra en escena un nuevo elemento: la venganza. Yo no soy asidua a la paranoia ni rebusco posibilidades en situaciones que no comprendo, pero los acontecimientos dan para montarse una película de serie b de sábado por la tarde.

Hay que admitir que hubo un tiempo en que nos comportamos mal con Gonzalo, que nos equivocamos con él, a pesar de que más tarde enmendamos nuestros errores. Nos falta información. Lo mejor es no especular. Al menos hasta que Gonzalo vuelva a pronunciarse.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Gracia, acercándose a mí, buscando un cobijo que quizá no pueda encontrar en otro sitio.

Andrés la imita.

Los tres vamos a la cocina. Javier está apoyado en la encimera, con los ojos encendidos. Le enseño la pantalla de mi teléfono, con el mensaje de Gonzalo a la vista. Nuestro amigo nos mira con un gesto diferente a la sorpresa, parecido, pero tiene más que ver con la decepción. Por una vez, no es Javier quien comienza la conversación:

—Esto se veía venir —comenta Andrés.

—¿A qué te refieres? —cuestiona Gracia, con tono molesto, como si reprochara algo a los demás—, ¿qué se veía venir, que Gonzalo nos ha tenido engañados todo este tiempo? ¿que nos iba a chantajear?

—Aún no sabemos cuáles de esas cosas son ciertas —alego yo—. Deberíamos hablar con él. Pensar bien qué le contestamos y averiguar a qué nos enfrentamos.

—Vale —parece reaccionar Javier—. Vamos a llamarlo. A lo mejor esta vez quiere cogerlo.

—Esperad —vuelve a intervenir Andrés—. Antes de hacer nada, creo que deberíais saber algo que solo conocemos Gonzalo y yo.

El silencio se apodera de la sala. No parece una confesión cualquiera, justo en ese instante en el que no hay tiempo que perder, para averiguar qué tripa se le ha roto a nuestro compañero desaparecido.

—Os lo cuento. Yo me enteré en el viaje de fin de curso de Mallorca. Una noche, después de que os fuerais a dormir, nos quedamos a solas Gonzalo y yo. Él estaba muy emocionado. Y borracho, estaba como una cuba. Jamás lo había visto así; ya sabéis que casi nunca bebe. El caso es que empezó a decirme lo agradecido que estaba por que le hubiéramos pagado el billete del viaje.

—Espero que sea importante —interrumpe Javier, mirando alternativamente a Andrés y a la pantalla de su móvil—. Porque estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Lo es. Acabo pronto.

Gracia lapida a Javier con sus ojos. Es el momento de dejar hablar al chaval, de pensar en vez de correr. Ya hemos actuado *al estilo de Javier* y ha sido un fracaso.

—Se trata del profesor de gimnasia del instituto —vuelve a decir Andrés—, de Víctor Sánchez. Recordáis cómo sucedió, ¿no? A alguien del grupo se le ocurrió gastarle una broma. Iba a ser una cosa inocente, para *castigarlo*, por ser tan cabrito con las notas. Nos había suspendido a más de media clase y nos jugábamos mucho para tener un buen expediente y poder acceder al examen de acceso a la universidad.

—Fue una autentica cagada —asumo—. Pobre hombre...

—Efectivamente, fue una cagada —asiente él, desde su posición centrada frente a los tres—. Un desdichado error que ese hombre pagó demasiado caro. Después de aquello acogimos a Gonzalo en el grupo, hicimos como si nada y le pagamos entre todos el viaje de fin de curso a Mallorca, ya que él tenía dificultades económicas en casa.

—Eso fue idea de Juan —apostilla Javier.

—Y a todos nos pareció bien —corroborra mi amor platónico con entereza—, nos pareció justo. ¡Necesitábamos redimirnos de nuestra culpa! La habíamos fastidiado con ese hombre. Ninguno se atrevió a hacer lo correcto, a reconocer nuestra culpa ante los demás. No tenía sentido jodernos la vida por algo que no tenía remedio, ¿no? Aunque a lo mejor podíamos enmendarlo con ese chaval tímido y débil del que nos habíamos reído durante el curso. Podíamos admitirlo en nuestro grupo, como a uno más. Un acto de generosidad sin igual por nuestra parte.

—¿A dónde quieres llegar? —se impacienta Javier.

—Voy. Como os he dicho, estábamos borrachos; en la habitación. En ese momento, Gonzalo, entre lágrimas, me agradeció lo bien que nos habíamos portado con él. Dijo estar pasando un momento difícil por su padrastro. Yo traté de consolarlo, le pregunté por él. Al principio estuvo reacio, pero acabó confesándome que su padrastro era Víctor, el profesor de gimnasia. En el instituto nada más que lo sabía la gente de la dirección, por razones obvias. Ese hombre era el único sustento de la familia y por nuestra culpa quedó lisiado para siempre.

—Joder, ¿por qué no nos lo habías dicho antes? —pregunto yo, mientras alucino, confusa.

—Esperad —sigue Andrés—, yo también le confesé algo. No me parecía justo callarme. Admití que lo que le había ocurrido a su padrastro no había sido un accidente, sino el resultado de nuestro vandalismo.

—¿Estás loco? —dice Javier con los ojos a punto de salirse de sus orbitas—, ¿cómo pudiste hacer eso?

—¿Cómo reaccionó él? —me intereso—. Nunca supimos si nos había pillado o no.

—No lo supo hasta ese momento —aclarar él—. Se lo tomó mal. Me insultó, dijo que me iba a matar. Yo lo insté a que lo intentara y ... se echó a llorar. Entonces lo abracé y le pedí perdón, por cómo lo habíamos tratado durante el curso y por lo de su padrastro.

—Bueno, y después de la escena de Bambi, ¿qué más pasó? —se impacienta Gracia.

—Él aceptó las disculpas y me dijo que era mejor que olvidáramos esa conversación.

—¿Y ya está? —pregunto.

—No, hay algo más. Para terminar de contarle todo, quiero que sepáis que soy gay —respiró airosamente—. La única persona del grupo que lo sabía hasta hoy era Gonzalo. Y ese es el verdadero motivo por el cual se enfadó con las bromas fuera de lugar, en la presentación de la tienda de Mila. No lo hizo por él, sino por mí.

—Sí, joder, por la torpeza de Juan —apostilla Javier.

—Él no es el único culpable —corrige Andrés—. Ni siquiera estaba al principio de la conversación y te aseguro que fueron mucho más crueles los comentarios sarcásticos de otras personas.

Trato de procesar la información que acaba de vomitar mi amor platónico. Para empezar... es gay; ¿cómo puede ser gay?; no es justo que lo sea... No tiene sentido. En cuanto a lo demás, sus palabras nos ponen en un nuevo escenario. Sobre todo, si las enfrentamos a los dolorosos recuerdos del instituto. Yo, igual que los demás, conozco bien la historia de Víctor, nuestro antiguo maestro de gimnasia. El, al parecer, padrastro de Gonzalo.

Por aquella época, los del grupo estábamos hartos de ese profesor. Un día a Juan se le ocurrió que podíamos darle un escarmiento. Entonces, sus ideas no solían discutirse. Además, era lo justo, desde nuestro atrofiado punto de vista adolescente: ese hombre nos puteaba, nosotros pateábamos a ese hombre. Imposible no caer ante una lógica tan insultante. Javier diseñó cómo hacerlo. Sabíamos que el maestro era un obseso del deporte, y que después de sus clases, realizaba ejercicios en las espalderas, en aquellas duras e incómodas colchonetas azules y en los demás aparatos que tenía en el gimnasio del instituto. Aprovechamos el momento de la comida para colarnos en el

edificio e ir a por el potro, ese aparato que servía para saltar sobre él e impulsarse. Aflojamos con una llave inglesa algunas tuercas que unían las patas a su parte almohadillada. La idea era sencilla: cuando el profesor saltara sobre el aparato, se vencería hacia abajo y caería al suelo. Un accidente laboral, que le provocaría algún que otro rasguño. Podría suceder por pura casualidad, esos chismes a veces fallan, porque están viejos o porque no se les hace un mantenimiento adecuado. Sería nuestra venganza silenciosa.

No obstante, estábamos en la adolescencia. El premio para nosotros no era que ese hombre se diera un buen susto. La verdadera recompensa era poder verlo en vivo y en directo. Así que después de amañar el aparato, nos quedamos escondidos tras la puerta del baño del gimnasio, desde una posición en la que observábamos el interior. Solo quedaba esperar a que Víctor se diera el golpe de su vida. Y vaya si se lo dio, pero no de la forma que nosotros pensábamos. Al saltar, apoyó los brazos por delante, venciendo enseguida al potro y tras las extremidades superiores llegó su cabeza, chocando con una violencia desmedida sobre el aparato, tumbado ya en el suelo. El cuerpo del profesor se dobló, igual que un acordeón sobre su columna vertebral, salpicando su organismo inconsciente en el pavimento, junto al potro, desvencijado por el impacto. Nos quedamos atónitos. Lo sucedido no se parecía en nada a lo que habíamos imaginado. No había sido una escena digna de esos vídeos caseros que dan como resultado un resbalón o una torta divertida, sino algo doloroso de ver, violento y desmesurado. Salimos corriendo a toda velocidad del recinto. En el exterior nos cruzamos con el chico del que nos burlábamos en clase, ese al que parecía que le faltaba un hervor:

Gonzalo. Nuestro compañero estaba justo en la entrada principal y podía haber visto lo ocurrido o simplemente estar allí sin darse cuenta. No había tiempo para preguntas. Huimos hacia el patio de manera despavorida y él fue en la otra dirección. Tras aquello, los del grupo acordamos que nadie desvelaría jamás la verdad, lo negaríamos, pasara lo que pasara, para evitar posibles represalias.

Lo peor vino al día siguiente. La profesora de inglés nos comunicó que Víctor había sufrido un grave accidente, mientras entrenaba en el gimnasio. Como consecuencia se había partido un par de vértebras de la columna, no volvería a andar en su vida. Fue un golpe muy duro para todos. Fue horrible. El resto de la clase se convirtió en un calvario, un reconcome donde no faltaron las lágrimas de Esther o Andrés, los gestos de incompreensión de Javier, la rabia de Juan o los dibujos macabros en el pupitre de Gracia. Al terminar, nos reunimos los ocho en una parte escondida del patio, donde nadie pudiera oírnos. Únicamente hablaron Juan y Javier. El primero expuso que era una putada que no hubiera ocurrido si ese hombre no hubiera sido tan capullo. Para el segundo la mala suerte se había cebado con el profesor, y con nosotros, por hacernos pasar ese mal trago. También hablamos de Gonzalo. No sabíamos cuánto había visto. Y ahí se quedó el asunto.

Lo que sucedió a partir de ese momento fue de lo más insólito. Un día Gonzalo se acercó al grupo. Empezó a hablarnos con cierta candidez, con esa tranquilidad que él sabía transmitir. Y nosotros, bajo una emotividad que no habíamos experimentado hasta esos días, le seguimos el juego. Estuvimos un rato hablando y tratamos de conectar, dejando que la risa aflojara a su suerte,

como si tuviéramos infinidad de cosas en común, más allá de un exprofesor de gimnasia. A ese momento le siguieron otros parecidos. Enseguida le acogimos con nosotros. De alguna forma sentíamos que estábamos en deuda con ese chico. Porque no nos habíamos portado bien con él, porque era la persona que estaba allí en el instante en el que habíamos cometido el peor error de nuestras vidas. Era como si admitiéndole con nosotros, nos redimiéramos de aquellos pecados; como si liberáramos la culpa a un infinito que absorbía las faltas y las transformaba en un universo mejor.

Trago saliva, mientras miro los muebles color berenjena de la cocina y me hago una composición de lugar tras la exposición de Andrés. Intento aportar algo que mejore silencio:

—Está bien. Ahora sabemos de dónde viene el enfado y el rencor de Gonzalo hacia nosotros.

—Yo no estaría tan seguro —duda Javier—. A lo mejor hay más cosas que no sabemos.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Andrés.

—¿No os parece sospechoso que Juan se fuera de la casa sin haber resuelto lo del premio? —expone Javier—. ¿Y que después se saliera del grupo de WhatsApp? Tampoco está aquí Mila. Y al poco de irse, llega el mensaje de Gonzalo. Como si todo estuviera orquestado. ¿Y si nos estamos perdiendo algo?

—No me creo lo que estoy oyendo —digo—. Puedo admitir que dudes de Juan por la tirria que le tienes. Pero de Mila... ¡Es tu novia!

Gracia sonríe, con esa calma que le sale del cuerpo, intentando no disfrutar demasiado, igual que una perturbada que disfruta del horror a la vez que la humanidad se desmorona.

—Es mi novia..., claro que es mi novia —tartamudea él—. Pero cuando está por medio ese maltratador, se convierte en otra persona. A lo mejor la ha engañado. La han engañado entre Gonzalo y Juan.

—Pero ¿qué estás diciendo? —le rebato aún más encendida—. Creo que desvarías. Tienes que calmarte y pensar las cosas antes de decir la primera barbaridad que se te pasa por la cabeza.

Javier se frota el pelo con sus manos temblorosas. Da una vuelta, para coger distancia con el problema, para no parecer el tipo vulnerable en el que se ha transformado. Entonces admite:

—Vale, tienes razón. Todos estamos nerviosos. Nos encontramos ante una situación inmerecida y tenemos que resolverla. Cuanto más juntos estemos, más probabilidades habrá de que salgan bien las cosas.

—No, es justo al contrario —contradice Andrés abriendo los brazos, igual que un iluminado que acaba de ver una revelación sobre su futuro—. Tenemos lo que nos merecemos. Fuimos unos miserables en el pasado y ahora hemos querido jugársela a un amigo. Nos ha salido el tiro por la culata y debemos pagar por nuestros pecados.

—A ver, tenemos que centrarnos para resolver lo que tenemos delante —ignora Javier, tratando de reconducir la situación—. Aún podemos convencer a Gonzalo de que está equivocado. Si lo hacemos, podremos disfrutar de nuestro dinero.

—¿Y si no está equivocado? —insiste Andrés, con una risa sardónica al puro estilo del joker—. A lo mejor él tiene razón. Nos merecemos que nos denuncie por lo que les hicimos a su padre y a él, y que se vengue de nosotros.

—Vale, justiciero de la noche —interviene Gracia con los ojos muy abiertos—. A lo mejor nos merecemos que nos pase lo que dices, pero ¿eso significa que lo queramos? ¿Que sea la única salida? Vamos a intentar solucionar esto, joder.

—Eso es. No es el momento de flagelarse —aporta Javier—. Si somos constructivos, conseguiremos que todo el mundo esté bien. Vamos a mirar hacia delante y a olvidarnos del pasado. Es la única manera.

Nuestro amigo hace una pausa digna de uno de esos presentadores de la televisión que manejan los tiempos para captar la atención, de los que saben no salirse de las marcas que les sitúan siempre en plano. Una vez tiene nuestras miradas bien posadas en su rostro, continúa:

—Os propongo algo. Un nuevo plan. Si lo seguimos, estoy seguro de que solucionaremos este lío, recuperaremos nuestro dinero y lo que es más importante, a nuestro amigo Gonzalo.

Para mí es demasiado. La gota que colma el vaso de mi paciencia con Javier. Puedo soportar sus enfermizos aires conciliadores, pero no que quiera pasar por encima de mi inteligencia, que me diga qué tengo que creer, o cómo enfocar lo que hicimos en el pasado. Eso no puedo permitirlo. Y digo en voz alta:

—No sé qué es peor, que quieras mentirnos o que te creas tus propias mentiras. Conmigo no cuentes. Ya he tenido suficiente.

Me doy la vuelta, consciente de que mi tiempo allí se ha terminado. Compruebo que tengo mis pertenencias en el bolso y camino hacia la salida.

—Nos vemos —me despido según cierro la puerta.

Andrés sigue mis pasos.

—¡Espera! —comenta él, mientras se pone a mi altura en el rellano del portal.

Y salimos.

Javier y Gracia se quedan quietos, pasmados, igual que los últimos supervivientes de una catástrofe planetaria.

En la calle dudamos si irnos juntos o por separado. La confusión decide por nosotros. Andrés me mira fijamente, buscando el perdón tras sus inmensos ojos azules. Lo beso en los labios, pero él se aparta inmediatamente, aturdido. Avergonzada, me disculpo y salgo corriendo hacia la boca de metro.

Cuando quedan cinco minutos para llegar a casa, diferentes mensajes asoman por el grupo de WhatsApp. Son de Javier. Se ha inventado varios despropósitos sobre Gonzalo para intentar reunirnos de nuevo. Estoy harta de sus mentiras, de su voracidad por el dinero y la atención de los demás. Me he dejado embaucar por él, pensando que hacía lo mejor para todos. Es el momento de decir basta. Contesto, silencio el grupo y me tomo una pastilla para dormir. Espero olvidar ese día para siempre.

CAPÍTULO 4

LA VERDAD DE JAVIER

Javier lleva más de una hora cocinando el pollo. El resto está listo. Ha hecho lo que ha podido con la cena, no es culpa suya que tenga ese aspecto. Él ha sido generoso con el esfuerzo y con la gente; aun así, el resultado es bastante mejorable.

Falta que lleguen Juan y Andrés. No sabe por qué demonios Andrés se está retrasando. Había repetido hasta la saciedad que era importante llegar quince minutos antes de la hora oficial. Así podría explicarles bien, a él y a Gracia, cómo era el plan, antes de contarles a todos la otra versión. Ya da lo mismo. Toca improvisar. Con lo mal que se le da a él improvisar y lo fatal que le salen las cosas si no están bien atados todos los detalles.

Porque Javier es de las personas a las que el éxito les cuesta el doble que a los demás. Sabe que es un perdedor, incluso más que la mayoría de la gente, lo tiene asumido. No es que sea una persona pesimista, los pesimistas son aquellos que no saben valorar lo que tienen, él tiene mala suerte. Hay una gran diferencia. A pesar de que lucha cada día contra ello, nadando en ese fango de arenas movedizas, que lo empuja cada vez más abajo.

En cuanto Juan aparezca empezará la función. Cada uno tiene que ser fiel a su papel. Una coreografía donde se la juegan. Se la juegan, pero bien. Es importante que sus amigos tengan una cantidad

diferente de información, para que nadie la cague. De esa forma, a lo mejor, funciona de manera parecida a como lo ha imaginado.

Él tiene que dar una imagen de seguridad, que parezca que no hay posibilidad de error; le toca asumir esa carga. Eso no quita que sepa mejor que nadie las posibilidades de que no funcione, y cuáles serían los efectos colaterales.

En primer lugar, hay que luchar contra el ambiente que se ha creado en el grupo, que no es tan malo como algunos quieren mostrar. Hay que asumir la realidad: el 22 de diciembre la suerte quiso reírse de ellos, otorgando el primer premio a un número de lotería que siempre llevaban, pero que ese año no tenían en su poder. Lo importante es que pueden solucionarlo. Para ello es imprescindible que la gente crea en Javier. Hasta ese momento lo hacen. Hay que pelear por que los miedos y las dudas no cambien eso.

Él únicamente busca un poco de justicia. No tiene la fortuna que han tenido otros en la vida, tampoco es tan insolidario como los que solo miran su ombligo. Lo que quiere es luchar por que las diferencias entre sus amigos no los distancien, porque cada vez sean menos diferentes y más personas. Se ha ofrecido para liderar una solución lo menos traumática posible y también para preparar la cena en su casa. ¿Que su plan implica embaucar a Juan y utilizarlo un poco? En gran medida están en la situación que están por su culpa. Si no hubiera sacado de sus casillas a Gonzalo, la situación sería muy distinta. La ambición de Javier es subsanar algunos de los problemas que afectan a sus amigos, se ha prometido que hará lo que sea para solucionarlos. Lamentablemente, el camino para hacerlo es con dinero. El maldito dinero, lo odia tanto o más que lo

necesita. Porque es el principio de casi todos los males del mundo: el hambre, la desigualdad, las guerras, el cambio climático...

Lo mejor es que al final todos saldrán beneficiados. También Juan, a largo plazo, eso sí. Javier está convencido de que cuando en el grupo hayan superado sus dificultades económicas le devolverán parte del dinero, si no la totalidad. Al fin y al cabo, ¿no hablan siempre los liberales de que el dinero se mueve de un lado a otro y al final vuelve? Cree haber escuchado algo así en uno de esos programas de la radio de la gente de derechas. Pues eso. Tal y como él lo ve, es lo mismo que pedir un préstamo a Juan. Con el tiempo se lo reembolsarán, cuando las cosas estén bien y sus situaciones sean otras. Sin intereses, por supuesto. Javier odia a los especuladores. En realidad, si su compañero hubiera sido de otra forma, no habría hecho falta coger sus ahorros por una temporada; si él se hubiera ofrecido para prestárselo a los que lo necesitaban, a ¡sus amigos!, nada de eso ocurriría. Pero no, ese ofrecimiento no va a salir de su boca. Su orgullo, su egoísmo, su aire de superioridad se lo impiden.

Sí, Javier se va a encargar de solucionar los problemas de sus compañeros, aunque haya que vestirlo de traición. Está preparado para llevar esa carga con él, ser el cerebro de la operación, la maquiavélica mente que fuerce el resultado. Asume que pueda verse así desde algún plano y echarse las culpas a los hombros. Ya que en realidad, no es una traición, es justicia social. Juan no se merece ese dinero más que los demás. Una persona que maltrata psicológicamente a su mujer, que no mira por sus compañeros, al que nada más le preocupa acaparar y mirar por él mismo.

Luego está lo suyo, lo de Javier. Su vida se está desmoronando a pequeños pedazos. Aunque nadie lo sabe, el negocio de semillas no va tan bien como al principio. Lo ha ocultado para no preocupar a Mila. Ella está agobiada por lo mal que ha arrancado su herbolario. Otro gallo cantaría si esa tienda hubiera despegado, entonces no sería tan urgente, pero la situación es que si él no salda las deudas que tiene con los proveedores, su negocio irá a la bancarrota. Ya no puede pedir más préstamos, ni aplazar pagos, ni mucho menos seguir fingiendo que la empresa va bien. Javier necesita una inyección económica para no ir a la ruina.

Aunque eso no es lo peor. Últimamente su relación con Mila no va del todo bien. No sabe si ella necesita un poco de espacio o si simplemente está cansada. La monotonía y el estrés han hecho mella en sus costumbres. Ya casi nunca hablan de los días siguientes ni organizan juntos los viajes planeados, esos que decoran su salón en forma de fotografías y les señalan todo lo que no son, lo que no han conseguido. A eso hay que sumarle que llevan una temporada intentando quedarse embarazados, sin éxito, lo que ha derivado en un periodo de frustración y hastío para la pareja. Él es de esas personas para las que es imprescindible tener un hijo en su proyecto vital, y no concibe tener descendencia de otra forma que no sea la tradicional. A Javier lo obsesiona tanto el asunto que se ha realizado por su cuenta las pruebas de fertilidad. El resultado ha sido demoledor: es estéril. Por supuesto, solo lo sabe él. Desde entonces, su estado de ánimo está por los suelos. Ha intentado que no sea así, pero le ha cambiado el carácter. Parece que estuviera continuamente enfadado y todo le sentara mal.

Después de darle muchas vueltas, ha encontrado una solución: tiene que dejar a su pareja. Es lo mejor para ella. Y si lo es para ella, lo será para él. Los primeros amores son los que te marcan de por vida. El primer amor de Javier fue Mila. Solo quiere que ella sea feliz. Para lograrlo necesita dinero y solucionar el problema de sus ruinosos negocios. Con lo que consigan de Juan, podrán saldar las deudas y cerrar la equivocada empresa de semillas. Empezarán de cero. Javier se irá a vivir con su hermano, al menos una temporada, hasta que sepa qué hacer con su vida. A Mila le irá bien, le irá mejor que con él. Con los ahorros de ese maltratador, ella podrá reflotar el herbolario. Le dará una segunda oportunidad para arrancar. Y será libre para vivir su vida de la manera que quiera, para volver a ser feliz como merece.

Covi está con Javier en la cocina. Ella lo entiende. Recurrió a él en cuanto se enteró de que Gonzalo había cobrado el décimo premiado. Posteriormente, organizaron el plan que ahora tienen entre manos. Cómo hacerlo posible y creíble ha sido cosa de Javier, pero la idea de cambiar el dinero de la lotería por el del maltratador ha salido de ella. Ella lo insinuó. Para llevarlo a cabo hay que buscar un momento en el que Covi acceda a los datos y formalice la operación sin levantar sospechas. También hay que inventarse una historia que sirva de señuelo. Ahí es donde ha nacido *el otro plan*, el que van a explicarles esa noche a Juan y Mila, con los demás como cómplices.

Lo más difícil vendrá después. Una vez que el maltratador se vea sin sus ahorros y ellos puedan aprovecharlos. Ahí es cuando las

conciencias nos traicionan, el momento en que no nos dejan ver con claridad lo importante: ese hombre se ha ganado a pulso lo que le va a pasar, no es culpa del resto. Tendrán que ser discretos, porque ante los demás no deberían disponer del dinero que van a percibir. Tendrán que solucionar sus problemas sin exponer que ha sido gracias a esa inyección de liquidez. Requiere firmeza y capacidad para mantener la modestia y la humildad.

Aparece Juan por la cocina, de improviso. Y todavía no está Andrés ni el pollo. Llegan para molestar, de la única forma que él sabe hacer. Javier corre, luchando para que la cena de todos esté lista. El otro, lejos de ayudar, se queda mirando a la olla de la comida. Luego se va a la nevera y se cruza con Javier, con tal torpeza que le tira encima la bebida que lleva.

Menos mal que Covi sale al rescate. Manda al pesado a la calle, a comprar lo primero que se le ocurre, un sacacorchos, para no tenerle por ahí danzando. Mila que pasaba por allí, al escucharlo, se presta a acompañar a Juan a la tienda. Al fin tienen tiempo para contarle bien lo que han planeado a Gracia. Con Andrés se apañarán más tarde.

En cuanto Juan y Mila salen al portal, improvisan unos aperitivos y acuden al salón. Javier le explica a su compañera los motivos para actuar de una manera tan contundente. Es imprescindible que los implicados entiendan las bases, las motivaciones. Más importante es el porqué que el qué, así no dudarán. Los puntos principales quedan claros:

1. No hay manera humana de localizar a Gonzalo.
2. Sí que existe la posibilidad de conseguir dinero (no tanta cantidad como con el premio de la lotería, pero casi lo mismo).

Covi es una vez más la fiel escudera de Javier. Y Gracia queda absolutamente convencida para la causa.

Llaman a la puerta. Ya están allí. Toca confiar en que no se fastidie el plan, en que la sempiterna mala suerte que persigue a Javier se olvide de él, por una vez. Toca confiar en las personas y eso es tremendamente complicado. Decide ir él mismo a abrir la puerta. Se levanta, ante la mirada cómplice de sus dos amigas, cogiendo el pomo con decisión.

Al otro lado está Andrés. Claro, Andrés.

—Venga, pasa. Mila y Juan no están —invita Javier—. Hay que hablar antes de que lleguen.

—Ya me contaréis luego lo que sea —comenta el recién aterrizado, a la vez que se va a tomar algo, sin parar en la mesa auxiliar—. Paso de quedarme a medias.

Andrés es un tipo singular, de esas personas que necesitan pasar desapercibidas, que huyen de la ostentación. A simple vista parece un tipo aburrido, que viste normal, como una calcomanía de cualquier otro ciudadano con un nivel de deuda corriente y que está alienado por los complejos de la sociedad. En realidad, es alguien bastante auténtico y de fiar, algo que Javier valora de las personas.

Covi y Gracia se quedan de piedra ante la actitud del recién llegado. Tienen prisa por pulir las aristas del plan, y él se va tranquilamente a la cocina. Las dos miran a Javier perdonándole la vida, para que lo solucione. Él vislumbra a toda prisa cuál es la mejor manera de abordar la situación; sin embargo, en ese instante aparecen Mila y Juan. Ya no hay tiempo.

Javier respira profundamente. Mila va hacia ellos. Su gesto no es del todo suyo. Parece disgustada, sin duda algo le habrá hecho el otro. Juan, por su parte, imita a Andrés.

Hay que reinventar la situación. Javier se arma de valor y va a mirar cómo ha quedado el guiso de pollo. En la cocina, Juan está terminando de verter el vino en el decantador.

—Creo que eres la primera persona en esta casa que utiliza ese chisme para lo que es —bromea Javier, según vislumbra el rojizo resultado sobre el recipiente de cristal.

—Alguien tenía que hacerlo —sigue la guasa el maltratador, sonriendo de manera falsa.

Juan es un listo de manual. Y sabe cómo manejarse con todas las pijadas *snoobs*. Cree que eso le da algún tipo de valor o lo hace ser mejor, de alguna manera.

Javier coge la bandeja del pollo con sus manos, va hacia el salón y dice en voz alta:

—Queda clausurado el aperitivo. ¡Empieza la comida!

Poco a poco los comensales van ocupando los asientos. Covi al lado del maltratador, para que esté distraído y controlado; Mila junto a Gracia, que es la que más la tira de la lengua y despista; y Javier con Andrés. Javier se muere de ganas por explicarle a su acompañante en qué consiste lo que han ideado, pero no puede hacerlo delante del resto. En lugar de eso, hablan de las últimas noticias de la prensa. Son unos temas cualesquiera. Lo fundamental es que sirvan para deslizarse por el guion marcado. Hasta después del café, nadie hablará de lo que los ha llevado a esa reunión; del asunto que Juan y Mila piensan que los ha llevado a esa reunión, mejor dicho.

La cena parece encauzada. No obstante, Javier no está tranquilo. Como lo ha aleccionado su abuelo, *el diablo siempre enreda* y no va a ser tan fácil. Pueden contrarrestar las fuerzas *antiplán* de Juan y Mila, pero no pueden contener a la constante manía que tiene la mala suerte de cebarse con él. Aun así, ejecuta su papel lo mejor que sabe, charlando con Andrés de forma distendida con un ojo y buena parte de la cabeza situada en otro lugar. Debe parecer absolutamente concentrado en la conversación con su amigo, exagerando para que parezca creíble.

Por ese motivo, hace caso omiso cuando Juan suelta un alarido desde el otro lado. Hasta que ve cómo su compañero de mesa se levanta de manera brusca y alarga el brazo hacia la bandeja del pollo.

—Ya te lo he dicho, son unos sinvergüenzas —comenta Andrés.

Ayuda a Juan y le acerca el recipiente de cristal.

—Lo sé. Sé a qué te refieres... —asiente Javier.

El maltratador agarra la bandeja, Javier se despreocupa y la suelta. Pero a Juan se le resbala el cristal, y lo deja caer sobre la mesa. El estruendo es tremendo, acapara toda la atención. Covi y Andrés son los que más se manchan.

—¡¡¡Joder, joder, joder!!!! —vocifera Juan, mientras mira el desastre desparramado por el mantel, el suelo y sus amigos.

Él se levanta también. Y Covi, mientras mira el destrozo de su vestido, sin poder pronunciar palabra. Gracia es la única que prefiere quedarse sentada, observando la escena.

—¿Qué te ha pasado? ¿Se te ha escurrido la bandeja? —pregunta intrigado Javier.

—La has soltado antes de que pudiera agarrarla, capullo —recrimina Juan.

—Ya la tenías. No siempre los demás tenemos la culpa de lo que te pasa.

Inexplicablemente Mila comienza a partirse de risa. Monta un *show* que nadie más que ella entiende, y después dice:

—Está bien. Se ha caído —Mientras, se levanta y va en dirección a los utensilios de limpieza—. Lo recogemos.

Covi mira a Juan. No le gusta ni un pelo su descuido, aunque no dice nada. Es una mujer muy lista y sabe que no conviene caldear los ánimos.

Al poco, vuelve la anfitriona de la casa, ataviada con quitamanchas, varios cubos y bayetas. Lo deja todo en el suelo salpicado y vuelve a por más objetos de limpieza. Sin duda, Mila es luz, con sus desvaríos y defectos. Es alguien diferente, mejor. Cuando la mayoría de las personas se vuelven pequeñas y oscuras, ella encuentra la senda que encauza el problema, buscando soluciones, el lado bueno de las cosas, el matiz humano de las personas. A Javier se le remueve algo por dentro, mientras observa a su pareja. Cuando la ve con esa actitud, con ese manejo de la situación, lamenta profundamente no haberle contado el verdadero plan. Aunque enseguida sacude esas ideas de la cabeza. Mila no sabe engañar a nadie ni mantener una mentira. No es parte de su naturaleza.

Entre todos recogen el desastre del pollo. Bueno, entre todos, menos el de siempre, que desaparece del lugar repentinamente. Para colmo, cuando regresa al salón grita de malos modos. Exige que hablemos del plan para recuperar el dinero de la lotería. Cada

vez está más impertinente. Es incorregible. Yo intento calmarlo, bajo el temor de que arme alguna gorda.

Entonces sucede: Gracia le para los pies y Andrés la apoya. La gente está cansada de él, de sus tonterías, sus imposiciones y sus aires de superioridad. Se les ha caído la venda de los ojos con él. Han pasado años, pero ha ocurrido.

El maltratador no tiene más remedio que asumir que nadie lo apoya, que ha perdido toda credibilidad. Por una vez sus humillaciones no le van a salir gratis, y sus compañeros no lo van a seguir.

Eso envalentona a Javier, que comienza a explicar el plan, cada vez más firme y confiado. Deteniéndose en los detalles, aclarando que aquello es una cosa de todos, que tendrá éxito si creen en ello, si todos participaban activamente. Les recuerda que la idea ha surgido con el descubrimiento por parte de Covi de que Gonzalo tiene el dinero—lo que es verdad—; y que su amigo desaparecido saca efectivo algunos días de un cajero concreto —que es falso y conviene contar así—. Cada pieza tiene su lugar y su finalidad. Javier dirige la nave, mientras Covi es el combustible y el aceite. Es muy cuidadoso en los mensajes. Principalmente en lo que pueden interpretar Juan y Mila. No puede salirse de su rol habitual, el discurso debe tener sentido y verosimilitud, como si fuera un planteamiento real, que hubiera estado maquinando durante varias semanas para que funcione a la perfección.

La realidad es que necesitan que el maltratador salga de la oficina, para que Covi vaya a su trabajo y arregle los papeles de la no-inversión en la estafa piramidal. Han elegido el cajero automático de la calle Marcelo Usera 27, que está situado estratégicamente

cerca de la oficina de Juan, y a su vez no está muy lejos del herbolario de Mila y del trabajo de Andrés. Es fundamental que a los tres les pille a mano, para que llegar allí no sea un inconveniente.

A Juan le da la tarea que llevará más tiempo. Tiempo que necesita Covi para cumplir con su parte. A su vez, es la labor más tediosa, que es lo que cabe esperar, como si fuera un encargo que le mandas a alguien al que tienes cierta tirria.

Si el planteamiento funciona, Juan saldrá de su privilegiado puesto de trabajo y esperará junto al cajero elegido. Habrá que confiar en que no tenga demasiada prisa en volver. Mientras, Covi tendrá que ser rápida con los documentos de la operación y trabajarse bien a Mafe, la secretaria, para que esta no tenga la tentación de llamar a su jefe. Eso lo logrará con amabilidad y con dos entradas para el musical de *El Rey León*, en la Gran vía. Desconfiar de esa amiga de tu superior, que es tan simpática y que te acaba de hacer un regalo, no vendría a cuento. Lo normal es que a Mafe le parezca bien casi todo lo que le digan, no será tan extraño que Covi *toquetea* lo que sea en el ordenador y revise documentos. Al fin y al cabo, es una mujer que ha optado por regalar unas entradas que no puede disfrutar antes que venderlas, de esas que respiran a buena gente por los cuatro costados. Al finalizar el trabajo, un mensajito casual a Juan, que Javier ha redactado para que Covi envíe desde su móvil: «He pasado por tu oficina y no te he pillado. ¡Qué cabeza la mía! Había olvidado que hoy ibas a vigilar si aparecía Gonzalo por el cajero. No era para nada importante. Le he pedido permiso a tu secretaria para mirar unos datos de la empresa en tu ordenador. Así voy preparando los contratos. Otro día que vaya con menos prisa nos vemos. Un beso».

Hay cosas que pueden salir mal, está claro, aunque Javier quiere confiar. No es solo por él, se lo merecen, todos.

—Perfecto. Yo quedo fuera para no molestar —protesta el de siempre—. ¿Y cuál es el papel del resto, si puede saberse?

Javier trata de buscar la concordia. Ya tiene lo que quiere. No sirve de nada que haya un ambiente hostil. Acaba con la frase:

—Es una cosa de todos. Si ponemos de nuestra parte y nos ceñimos a esas instrucciones, no tiene por qué salir mal.

Continúa con el discurso, toca la parte de Andrés y Mila. A ellos les reserva lo más amable. Los papeles más técnicos corresponden a Gracia y a Covi, como contable y trabajadora en el Banco de España. Y se deja para él lo más peliagudo, convencer en última instancia a Gonzalo, con una conversación que debe ser definitiva. No hay más que añadir. Ha sido más complicado inventarse aquel rollo para despistar que confeccionar el verdadero plan.

Parece convencer. Se nota en los gestos y miradas. Solamente queda el golpe final para completar lo ideado. Llega el momento de conectar con Sonia, va a ser el empujón definitivo. Hace falta esa parte emocional que actúe como cemento entre las rendijas que agujerean las dudas. Mila prepara el equipo. Todos se colocan frente al ordenador, expectantes por hablar con su amiga.

Se saludan efusivamente. Hay ganas de verse. Cuando de improviso, Sonia suelta el mazazo. Algo que nadie espera. Dice sin tapujos que no quiere el dinero, que no cuenten con ella. Los motivos son difíciles de rebatir, hasta para Javier. No puedes vencer con argumentos a alguien que tiene fe firmemente en algo, que no tiene miedo. Es una patada directa al corazón del plan. Peor, es una patada directa a los órganos reproductores del plan. Peor aún,

directa a la idea que ha formado el plan, con sus órganos reproductores, su corazón, su cabeza y todo lo demás.

Javier tarda unos segundos en derrumbarse. Piensa que debe salir de allí. Cualquiera puede darse cuenta de su debilidad, su rostro lo desnuda con una exactitud de psicópata. Va a esconderse a la cocina. Allí puede pensar, escapar, mientras los demás siguen hablando. No sabe si es la mejor opción, es la que le dicta su amígdala.

El nuevo espacio tiene un aire menos viciado. Apoya los brazos en la encimera con el gesto despeinado, tratando de rebajar las revoluciones y deja que su mente vuele a lugares menos indeseables. Va a echar un trago de agua que calme su boca pastosa. Respira de forma profunda. Aparece Juan detrás de él. Llega con aire conciliador. No le pega. La persona responsable de que estén en el fango, el maltratador, el tirano. De pronto suelta:

—¿Hasta qué punto corre peligro tu plan con la decisión de Sonia de no participar?

Eso es más propio de él.

—Lo dificulta un poco —contesta Javier.

—Eso significa que no me has contado todo lo que sabes —ataca el maltratador.

Javier se enciende de una manera desconocida para él. Concentra toda la frustración que lleva consigo y se pregunta: ¿Cómo no va a tratar de quitarle sus ahorros? Quizás sea la única manera de que no se comporte igual que un monstruo. Si se ve arruinado, derrotado e igual de simple que los demás.

—Te he contado lo que necesitabas oír para que las cosas salieran bien —le explica Javier.

Está harto de juegos. Y le sale ser lo más franco que puede.

—El Javier de siempre —apunta Juan—. Eres un mentiroso. Vas de defensor de las causas perdidas y no eres más que un cretino que da una cara y luego tiene otra.

Eso es el colmo. Él se sincera y como recompensa lo insultan.

—¿Yo soy un mentiroso? —pregunta Javier alucinando.

—Sí, lo eres. No eres tan diferente a mí, aunque trates de vender una imagen mucho más correcta. ¿Qué tal te va el negocio de las semillas?

Ese es el remate final. Juan es un cabrón, un mal tipo. ¿Qué sabe él de cómo le va el negocio? ¿Quién se lo ha contado? ¿Quién más lo sabe? ¿Mila?

—¿A qué viene eso ahora? —pregunta Javier, cada vez más irritado.

—¿Qué tal la tienda de Mila?

Está claro que quiere provocarlo. Llevarlo a ese extremo a donde la gente pierde los papeles y la vergüenza, sustituyendo las palabras por instintos.

—No lo sé. Dímelo tú —atina a decir Javier, temblando—. A lo mejor tienes más información que yo. Eres un auténtico cerdo. No te tenía en gran estima, pero creo que eres una persona horrible. Alguien en quien no se puede confiar.

—¿Eso lo dices por ti o por Mila? —sigue Juan.

Ese comentario rebasa la frontera de lo que puede admitir. ¿Qué pretende? ¿Qué crea que Mila y él están liados para sacarlo de sus casillas? ¿Se puede llegar hasta ese punto?

El brazo derecho de Javier se carga de electricidad, con una furia que no había vivido hasta ese momento. Es un ciclón de energía

vestida de odio y mala hostia que levanta su extremidad para impactar su puño en la cara de Juan, un golpe de boxeador de pesos pesados, un puñetazo con todas las de la ley. El maltratador se precipita hacia el suelo, chocando en la caída con un extremo de la encimera y provocando un gran estruendo.

En el suelo, Juan parece aturdido pero, por raro que parezca, después de rehacerse se levanta sin la intención de responder. Javier lo mira. Desea redimir su reacción anterior, aunque no sabe cómo. No le sale darle la mano, ni ayudarlo a incorporarse, ni nada que se vista de una cercanía amistosa.

Andrés aparece desde la puerta que da acceso al salón. Observa la escena y pregunta:

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien los dos?

—Nada —se apresura a decir Juan—. Me he resbalado.

»Es hora de irme, chicos —continúa—. Había olvidado que tengo que terminar un proyecto que me habían encargado para hoy. Estaremos en contacto.

Juan se marcha, apartando al recién llegado de una manera brusca con el brazo. Andrés también se da la vuelta.

Javier permanece en la cocina, inmóvil, pensativo. Ha sido una torpeza golpear a su amigo. Ahora él será el malo de cara a los demás. Lo que faltaba. Después de lo que ha aguantado y de tener al grupo de su lado. Se arrepiente de ese puñetazo, aunque jamás pedirá perdón por ello. Que no lo hubiera buscado. Hasta Juan debe pensar que se lo merece, si no, hubiera reaccionado de otra forma.

Se le ocurre volver al salón, aunque enseguida se da cuenta de que si aparece allí sin un discurso convincente, habrá perdido la partida, su credibilidad se tambaleará. No puede consentirlo. Decide

esperar, tratando de digerir lo que ha ocurrido con su amiga Sonia y ese maltratador. Al fin y al cabo, está acostumbrado a que todo se derrumbe. Su vida es un edificio en ruinas que se viene abajo cada cierto tiempo.

Necesita pensar, discurrir un nuevo plan que sea factible, en el que la gente pueda confiar. Lo anterior no vale. Se fija en la nevera, en un mensaje que hay en la pequeña pizarra imantada:

NO COMPRES TOMATES. POR FAVOR, NO SE TE OCURRA COMPRARLOS!!!!

El mensaje es de Mila, claro. Ella suele decir que su novio hace lo contrario de lo que le pide. Es su técnica para que no se olvide de comprar tomates. Javier sonríe. Su pareja tiene ese efecto en él, de cambiarle el ánimo. Ese chispazo lo lleva a divisar algo que no había sido capaz de ver hasta ese momento, a recordar el diálogo vivido con Juan, la insistencia de ese cabrón con Mila. Ha estado ciego todo este tiempo. Sííííí... Ese maltratador quiere quitarle a su pareja. Es lo que pretende. Y no puede consentirlo. Mila es su novia, la mujer de su vida. No puede dejarla en manos de ese tipo. No puede rendirse. La quiere. A pesar de las dificultades, la quiere. Y la necesita. Necesita su dosis de entusiasmo irracional, ese veneno al que está enganchado. Tiene que recuperarla. Tiene que recuperar ese dinero. Antes de que ella se dé cuenta de que están en la ruina. Porque entonces a lo mejor es su novia la que decide romper con él. A lo mejor, incluso, intenta irse con ese maltratador que no se merece ni la décima parte de lo que tiene, ahora que él está otra vez sin pareja. Los primeros amores son los que te marcan de por vida. Y el primer amor de Mila fue Juan.

Sigue dándole vueltas cuando aparecen Gracia, Covi y Andrés. Covi lleva un móvil en la mano que le muestra. Al principio no se da cuenta, hasta que se fija más detenidamente en el teléfono. Juan ha abandonado el grupo de WhatsApp y Gonzalo ha enviado un mensaje amenazante bastante increíble.

Tarda unos segundos en digerirlo y pregunta:

—¿Dónde están Mila y Juan?

—Volatilizados —aporta Gracia.

Javier la mira, serio.

—Vamos, que se han largado.

El primer impulso es salir corriendo. Tiene que ir a por ella. Decirle lo que siente, convencerla de que sabe cómo solucionar las cosas. Explicarle que el futuro está más cerca de lo que piensa. Y en él estarán juntos y podrán realizar esos viajes que tanto ansían, y todo volverá a ser igual que antes. Pero al instante se da cuenta de que tiene que ser práctico. Corriendo no va a solucionar lo que tiene delante. Si quiere tener alguna posibilidad, debe ser listo y actuar con cabeza. Mila habrá ido a convencer al maltratador de que no se vaya de esa forma tan brusca de la casa, del grupo. Si lo piensa fríamente, es lo mejor que podría pasar. Todo el mundo desconfía de alguien que actúa de manera tan impulsiva, que no trata de razonar sus diferencias con los demás. Puede volver a planear cómo conseguir el dinero de Juan. Ya salvarán más adelante el escollo de Sonia. De esa forma reflotará su negocio, cogerá las fuerzas necesarias y volverá a dedicar a su pareja la atención que se merece.

—Esto se veía venir —interrumpe Andrés.

—¿A qué te refieres? —pregunta Gracia—, ¿qué se veía venir?, ¿que Gonzalo nos ha tenido engañados todo este tiempo?, ¿que nos iba a chantajear?

—Aún no sabemos cuáles de todas esas cosas son ciertas —explica Covi—. Deberíamos hablar con él. Pensar bien qué le contestamos y averiguar a qué nos enfrentamos.

Y luego está lo de Gonzalo. Se portaron mal con él en el pasado, aunque hay que intentar no fustigarse. La vida a veces es muy injusta. Ahora les llega ese mensaje, que a lo mejor no es tan mala noticia. Que haya dado señales de vida significa que pueden reconducir la situación con él.

—Vale —sigue Javier—. Vamos a llamarlo. A lo mejor esta vez sí quiere cogerlo.

En ese momento, Andrés se descubre mostrando su verdadera cara. Les revela que es gay, además de que en el viaje a Mallorca le chivó a Gonzalo que ellos habían manipulado el potro del profesor de gimnasia; el cual, para colmo, resulta ser su padrastro. Algo para quitarse parte de culpa, sin duda.

Javier lo ve claro. Andrés no es de fiar, igual que Gonzalo y que Juan, y no sabe cuánta gente más de ese grupo. Lo han engañado todo el rato, le han tomado el pelo, a él, que siempre ha puesto buena voluntad; e igualmente a Mila, que no tiene un ápice de maldad y seguramente ha sido manipulada. La clave de las relaciones entre las personas se sustenta en la confianza. Pero ¿en quién de sus amigos puede confiar?

—Está bien. Ahora sabemos de dónde viene el enfado y el rencor de Gonzalo hacia nosotros —barrunta Covi.

—Yo no estaría tan seguro —contradice Javier—. A lo mejor hay más cosas que no sabemos.

—¿Qué quieres decir? —le replica Andrés.

—¿No os parece sospechoso que Juan se fuera de la casa sin haber resuelto lo del dinero? —añade Javier—. ¿Y que después se saliera del grupo de WhatsApp? Tampoco está aquí Mila. Y justo al poco llega el mensaje de Gonzalo. Como si estuviera orquestado. ¿Y si nos estamos perdiendo algo?

Es un error. Covi y Andrés no digieren tanta sinceridad. Javier trata de explicar sus palabras. Pero la gente está cansada. Desilusionada. En un estado mental en el que se confunde a tu compañero con el enemigo ante la mínima chispa de fricción. Quizá necesitan un nuevo culpable, ya que el maltratador ha desaparecido de la escena.

Javier trata de reconducir la situación, intentando ser humilde, buscando remedio:

—Os propongo algo. Un nuevo plan. Si lo seguimos, estoy seguro de que solucionaremos este lío. Rescataremos nuestro dinero y lo que es más importante, a nuestro amigo.

Aunque tampoco funciona. Parece que no hay manera de reflotar aquello, como si estuviera programado para que saliera mal, bajo intereses que Javier desconoce, como si las cartas estuvieran marcadas para unos pocos y el resto no tuvieran ninguna posibilidad, a pesar de que se les deje jugar.

Covi se desmarca de su propuesta. Recoge sus pertenencias y se levanta para irse. Andrés la imita, en un acto cobarde y poco comprensible.

Y los dos salen por la puerta.

Todo parece perdido. Otra vez. Javier trata de no hundirse, aunque sabe que solamente le queda esperar. Esperar al siguiente paso de Gonzalo, si es que decide hacer algún otro movimiento. Porque lo más probable es que no vuelvan a saber nada más de él, tras ese último mensaje. Su amigo ha sido inteligente. Javier no cree que quiera denunciarlos. No tiene sentido, después de tanto tiempo. Seguro que no quiere hacer algo así. Con ese WhatsApp amenazante se ha asegurado de que lo dejen en paz, que no reclamen su dinero ni ninguna otra cosa. Es su salvavidas para hacer lo que le dé la gana con él, a la vista de todos, sin tener que esconderse como ha hecho hasta esa fecha.

Eso cierra la vía para conseguir efectivo por ahí. Aunque aún pueden conseguir el dinero ahorrado de Juan, que era la idea inicial antes de esa maldita noche. Hay que retomar de alguna forma esa posibilidad, independientemente de que Javier no sepa de quién puede fiarse. Ha llegado la hora de pensar en él mismo, en lo que él necesita y de olvidarse de lo demás. Le hace falta un poco de tiempo para pensar, para volver a idear una manera en la que lo escuchen sus compañeros del grupo. Si se paran a prestarle atención unos segundos, puede convencerlos. Tiene que creer en ello con todas sus fuerzas, aunque sea una burda mentira.

Gracia va al servicio. Javier se queda solo en el salón, serio, embadurnado de dudas y complejos, luchando por vencerlos, por transformarse en alguien que solucione aquello.

Tras unos minutos, su amiga vuelve al salón, se sienta al lado de Javier, quizá demasiado cerca. Ella tiene un gesto compungido. Parece que hubiera llorado. Se miran. Aún no salen las palabras. Él se detiene en su boca. Es hermosa. Jamás se había fijado en esa

parte de su anatomía hasta ese instante, cuando el ordenador emite un sonido metálico. Está harto de sobresaltos ese día. Intenta apagar ese maldito aparato. Sin embargo, al asomarse descubre que en el portátil hay una petición de volver a conectar con Sonia.

Javier avisa a Gracia que se apresura a ponerse a su altura y pincha. Al otro lado aparece Gonzalo, sonriente. Gracia se tapa la cara con las manos y rompe a llorar. Se acerca más al LCD, como si quisiera comprobar que sus sentidos no lo están engañando.

Efectivamente es Gonzalo. Parece tranquilo, mirando a la cámara sin pestañear. Está peinado hacia atrás, con una camisa de color azul y se ha afeitado la barba. También ha perdido peso. Es bastante evidente, unos cuatro o cinco kilos. No parece él. No es el tipo despreocupado e inseguro de siempre. Es su imagen especular, remasterizada y mejorada.

—¿Qué tal estáis pasando la noche? —pregunta Gonzalo, en tono calmado.

—Nada más que regular —apunta Javier.

—Claro. Esto no lo tenías previsto, ¿verdad?

—¿Qué haces en casa de Sonia? ¿Qué es eso de que nos vas a denunciar? ¿Qué está pasando? —dispara Javier, cada vez en un tono más elevado.

—Nos debes una explicación, Dioni —añade Gracia.

—Y para eso estoy aquí —aclara Gonzalo.

Los tres se quedan callados unos segundos. Javier y Gracia se miran, tragan saliva y vuelven la vista a la pantalla. Gonzalo les espera tras su dentadura.

—Adelante... —dice Javier.

—Lo primero que quiero contaros es que estoy en la habitación de Sonia porque desde hace unos meses somos pareja. Hemos empezado una relación. Os lo íbamos a contar, pero las circunstancias no han sido las mejores para hacerlo.

»Por lo que me ha contado ella, estáis al tanto de que me tocó el primer premio de la lotería de Navidad y de que lo he cobrado. Sois unos auténticos detectives.

—¿Por qué desapareciste? —pregunta Gracia, queriendo ir al grano, como si no hubiera escuchado el sorprendente anuncio de su amigo.

—Estaba enfadado con vosotros —contesta Gonzalo—. Decepcionado, más bien. Ese día, el de la inauguración del herbolario, hicisteis sentir muy mal a Andrés.

—Hemos hablado con él. Está todo aclarado —interviene rápido Javier—. Si estuviera aquí, él mismo te lo diría.

—Os portasteis mal —insiste Gonzalo—. Me recordó al pasado. Me hizo pensar.

—¿Te hizo pensar lo que ocurrió ese día o te hizo pensar ese décimo premiado? —interpela Gracia.

Javier la mira con rabia. No es el momento de cabrear más a su compañero. Está hablando con ellos. Pueden recuperarlo. Y a lo mejor recuperar su parte del premio.

—Tienes razón —asiente Gonzalo—. No sé por qué ocurrió en ese momento. Ni por qué hasta que no tuve ese dinero no me planteé ciertos aspectos de mi vida. El caso es que fue así. Me acordé de la época del instituto, cuando fuisteis muy duros conmigo.

—Puede que nos equivocáramos contigo al principio —sigue Javier—, especialmente algunos. Pero al conocerte, cambió. Te

aceptamos como a uno más. Creo que lo mejor para todos será que nos centremos en las cosas positivas.

—Las positivas. ¿Para quién? —añade Gonzalo— ¿Para nuestro profesor de gimnasia?

—También sabemos que Víctor es... ¡oh, sorpresa!, tu papi —apunta Gracia—. Nos lo dijo Andrés. Y es una putada...

Gonzalo se queda serio, pensativo. Baja la cabeza y vuelve a mirar a la pantalla con los ojos bañados en lágrimas.

—Nunca os planteasteis contar que fuisteis vosotros los que manipulasteis el potro, ¿verdad?

Dos gotas asoman a su vez por los lagrimales de Javier que mira serio a la pantalla, acompañado de una nueva derrota que lo cubre, indolente.

—¿Por qué no lo hiciste tú después de saberlo? —cuestiona ella.

Gonzalo se limpia con un pañuelo y más entero responde:

—Tengo que ser sincero con vosotros, para eso he llamado. Fue un *shock* lo que le ocurrió a mi padre. No solo por el drama que vivimos con él. Que se quedara en silla de ruedas supuso reducir los ingresos que teníamos en casa. Mi madre tuvo que dedicar tiempo a cuidarle. Cuando me enteré de que la culpa había sido vuestra, sentí mucha rabia. En esa habitación de Mallorca pensé que al regresar a Madrid lo contaría todo. Os acusaría y de esa forma pagaríais por lo que habíais hecho. ¿Por qué no lo hice? El verdadero motivo es que nada más llegar a casa del viaje de fin de curso, me estaban esperando mi madre y él, con una gran pancarta y mi cena preferida en la mesa: pizza cuatro quesos. Me recibieron superalegres, emocionados de que su hijo se había ido con sus compañeros de clase, los mismos que habían hecho el esfuerzo de

reunir el dinero que necesitaba para viajar a Mallorca. Ellos sabían lo que me costaba relacionarme con chicos de mi edad. Era la primera vez que los veía así, orgullosos de mí, felices. No sé, de repente parecíamos una familia, igual que las demás. Eso me trastocó y me hizo reflexionar. Aquel accidente del gimnasio, aunque pueda parecer una contradicción, no solo trajo malas noticias a nuestra casa. Antes de él, Víctor era una persona muy dura y estricta conmigo. Me presionaba para que me pusiera en forma. Decía que era un blando y que por ese motivo no congeniaba con los demás. A raíz de aquel accidente cambió. Se volvió una persona mucho más cariñosa y comprensiva conmigo. Nuestra relación fue muchísimo mejor.

—A eso me refería con fijarnos en las cosas positivas —atina a decir Javier—. Ya sabes. Eso de que dentro de lo malo también hay algo bueno.

—Es cierto que aquel accidente nos unió —sigue Gonzalo—, nos dio una nueva visión de la realidad y en parte nos hizo más felices. Sin embargo, que ocurriera algo bueno tras esa fatalidad no oculta lo que hicisteis. Simplemente fue así...

—Entonces, dejémoslo estar —concluye Javier.

—No, después de aquello y lo del premio de la lotería me he cuestionado un concepto por el que siempre me he preguntado: la suerte. Vosotros qué creéis: que Víctor cayera de una forma tan fatídica tras vuestra manipulación ¿fue mala suerte? Y que ese décimo saliera premiado en ese instante ¿fue buena suerte?

—Déjate de rollos —corta Gracia—. Si no quieres compartir ese premio con nosotros, no lo hagas; pero no nos toques las narices con adivinanzas, que estamos de los nervios, joder.

—No, no va a ser tan fácil —apunta Gonzalo—. Ganar ese premio me hizo pensar no solo en la suerte. También en la justicia. Lo primero que me planteé fue si era justo que yo ganara ese premio. Lo siguiente, si era justo que vosotros os llevarais vuestra parte.

»Mi conclusión, después de darle muchas vueltas, fue que sí lo era. Claro, que eso me llevó a que, si era justo que tuvierais vuestro porcentaje del premio, también era justo que antes saldaraís cuentas con el pasado.

—¿A dónde quieres llegar? —cuestiona Javier, cada vez más tenso.

—Creo que si queremos ver ese dinero tenemos que reconocer lo que hicimos y delatarnos —adivina ella.

—Yo no lo hubiera dicho mejor —comenta Gonzalo.

—¿Ante tu padrastro? —pregunta Javier.

—Eso como mínimo.

—¿Ante la policía? —cuestiona Gracia.

—Si es lo que consideráis apropiado... Podéis pensároslo. Ese dinero será vuestro, pero primero tenéis que hacer lo correcto. Os propongo algo: hablarlo entre vosotros. Sonia ya conoce mi propuesta.

—Y no ha aceptado la pasta —apunta ella.

—Ha dicho que le da igual el premio de la lotería. También me ha chivado vuestra idea de conseguir dinero quitándoselo a Juan. Eso ya no es una opción. Me da igual lo que se diga de él o la manía que le tengas, Javier. ¿Entendido?

—¿Cuánto tiempo tenemos? —quiere saber Javier.

—Hoy. Tenéis que hablarlo y decidirlo hoy.

—¿Y si no hacemos nada? —pregunta Gracia.

—Si decidís quedaros de brazos cruzados, iré mañana mismo a denunciaros a la policía y le contaré a Juan lo que teníais pensado hacer con sus ahorros.

—Queremos hacer lo mejor para todos —expone Javier—. ¿Qué más opciones tenemos?

—Si después de hablarlo decidís que renunciáis a vuestra parte del premio, no os denunciaré. No obstante, tendréis que hablarlo entre todos, incluido Juan, y en ese momento, este se enterará de que queríais engañarlo y quitarle su dinero.

—No tiene por qué enterarse —opina Gracia.

—Se enterará —corrige Gonzalo—. Yo se lo contaré una vez me comunicuéis cuál es vuestra decisión.

—¿Y si aceptamos el dinero? —pregunta Javier.

—Repito que tendréis que estar todos de acuerdo. Si lo aceptáis, os denunciaré; pero no le contaré nada a Juan del plan que teníais tramado contra él. Son las tres opciones. No tenéis mucho tiempo para actuar y decidir. Os doy una hora. Ahora son las once en punto, a medianoche volveré a conectar. En función de a quien vea en esa pantalla y lo que me digáis actuaré. Nos vemos en exactamente sesenta minutos.

Gonzalo corta la comunicación. Javier y Gracia se miran. Tienen que localizar a la gente y hacerlos volver, incluso a Juan. Parece una misión imposible.

Les lleva unos quince minutos hablar con todos. En primer lugar, recurren al grupo de WhatsApp, donde únicamente falta el maltratador. Cuesta que se crean el relato, principalmente cuesta convencerlos de que vuelvan a la casa. Solamente accede Andrés,

que tarda unos veinte minutos en regresar. Mila no quiere saber nada de esa nueva amenaza. Según sus palabras, «Necesita pensar en cosas más importantes y regresará en unas horas». Covi se niega a volver. Está harta del asunto del dinero, dice que no va a seguir con ningún otro plan. Con Juan, que contesta al teléfono después de varios mensajes y llamadas, pasa tres cuartos de lo mismo. Deniega ir de nuevo con ellos. Está cansado y esa noche no va a hablar más ni con Gonzalo ni con nadie.

En el salón, Javier, Gracia y Andrés son conscientes de que les toca a los tres tomar una decisión que va a afectar al conjunto. Se proponen dos opciones: aceptar su porción del premio de la lotería y asumir la denuncia; o rechazarlo, aceptando que en la vida tocarán ese dinero ni ningún otro.

Todavía están debatiendo las alternativas cuando el ordenador avisa de que el tiempo fijado ha terminado.

—¿Qué hacemos? —pregunta Gracia.

—Contestar —comenta Andrés.

—Aún no hemos tomado una decisión —puntualiza ella.

—Tendremos que decidirnos sobre la marcha, hablando con Gonzalo, pero no le vamos a hacer esperar —expone de nuevo Andrés.

Javier no dice nada. Tampoco hace falta porque acoge las palabras de su compañero, acercándose al ordenador y aceptando la videollamada.

Al otro lado, se encuentra Gonzalo, esta vez junto a Sonia. Los dos están más sonrientes de lo que deben, de lo que la situación requiere.

—Buenas de nuevo —arranca Gonzalo—. Me preocupa ver que no estáis todos. Contaba con hablar después con Esther, pero teníais que estar los demás.

—Has podido ver, por el grupo de WhatsApp, que lo hemos intentado. Sin embargo, no ha sido posible —interviene Javier—. De todas formas, el resto nos han comentado que asumen la decisión que tomemos nosotros tres.

—Es una pena no ver al grupo al completo, aunque me alegro de que hayáis recuperado parte de la confianza los unos en los otros —comenta Gonzalo—. Entonces, ¿qué habéis decidido?

—Estamos a punto de tener una idea consensuada —explica Javier.

—Eso significa que aún no habéis llegado a un acuerdo. Fui muy claro en el tiempo que teníais para tomar una decisión.

—¡Esto qué mierda es! —recrimina Gracia—. Estoy harta de juegos macabros. Si no quieres darnos nuestra parte del premio, está bien; pero basta ya de tenernos con esta tensión. ¿Por qué nos amenazas ahora con lo del profesor de gimnasia? Si no importó en su día, ¿qué importa ahora?

—Tienes razón —admite Gonzalo—. Voy a contaros por qué os he pedido en realidad que nos reuniéramos de nuevo, estad atentos.

—Déjanos solamente unos minutos, por favor —pide Javier, a la desesperada.

—Habéis tenido tiempo suficiente —se interpone Gonzalo—. Si hubierais sido sinceros entre vosotros, estoy seguro de que hubierais llegado a un acuerdo enseguida. Ahora me toca hablar a mí.

Javier acerca su mano a la pantalla, pero Andrés se la aparta.

—Para ya, esta es la noche más rara de mi vida. Vamos a ver a donde nos lleva —señala.

—Perfecto —continúa Gonzalo, con un tono más duro—. Os he pedido reuniros de nuevo, ya que tengo algo más que contaros. Y contestando a tu pregunta, Gracia: ahora importa. Importa porque aquel profesor de gimnasia sigue siendo mi padre. Y es una cosa que me afecta y me ha afectado toda la vida desde entonces. Siempre os he disculpado, quizá porque inesperadamente vi en vosotros algo en lo que no me había fijado al principio. Cuando me acogisteis en vuestro grupo os conocí un poco mejor y pude comprobar las cosas buenas que tenéis. No es que eso compensara lo que habíais hecho ni mucho menos. Lo que pasa es que así también sois vosotros: amables, divertidos, cuidadores... No sé... Quizá fue un comportamiento egoísta por mi parte, quedarme solamente en eso. Y fue así hasta el día de la inauguración del herbolario de Mila. Entonces recordé por lo que había pasado antes de que me admitierais en el grupo. Lo mal que lo podéis hacer pasar a una persona.

—Éramos unos críos —interviene Gracia—. Unos niños que nos merecíamos una pedrada. Además, estamos un poco zumbados. Nos equivocamos contigo y con tu padre. Pero ha pasado mucho tiempo. Nosotros somos tus amigos...

—Ya lo que creo que os equivocasteis... —apunta Gonzalo.

—Quédate con ese dinero —aporta Andrés—. Es lo mínimo que podemos darte. No es una indemnización suficiente. Eso no podremos dártelo nunca, aunque es lo justo. Nosotros te queremos...

—Esa parte del premio os pertenece, aunque no lo merezcáis — aclara Gonzalo—. Por eso os quise dar a elegir. Ya que no lo habéis hecho, tomaré la decisión por vosotros.

—¡Espera! Déjanos hablar solamente unos minutos más —intenta Javier—. Puedo contactar con el resto y llegar a un acuerdo consensuado en poco tiempo.

—Déjalo estar —lo corta Andrés—. Es justo que haga lo que considere. Creo que después de todo lo que ha pasado al menos se merece eso.

Gonzalo suspira. Quiere quitarse de los hombros el peso del mundo. Mira fijamente a la pantalla, con la voz entrecortada y los ojos vidriosos:

—Sois mis amigos y os quiero. A pesar de lo que ha ocurrido, os quiero. No sé si es lo más justo, o lo mejor, pero lo que me nace es daros ese dinero. Es vuestro.

Los tres se menean de su asiento, como si alguien les pellizcara en algún lugar incómodo.

—Dejadme —continúa Gonzalo—, todavía no he terminado. Me he dado cuenta de que una de las mejores cosas que me han ocurrido en la vida ha sido conocerlos. Es todo tan extraño...

En ese instante el interlocutor cambia su gesto compungido, se gira hacia Sonia y la besa para después mirar directamente a la cámara y sonreír de manera exagerada, igual que un intérprete con la capacidad de engañar al espectador más avisado.

—Debo deciros que me he portado un poco mal con vosotros — continúa Gonzalo—. Lo he hecho adrede, os lo debía. Me enfadé con lo que ocurrió en la inauguración del herbolario, pero no es para tanto, ¿no, Andrés? Os he mandado ese mensaje amenazante y os

he puesto en la tesitura de tener que elegir. El dinero y una confesión frente a renunciar al dinero y no necesitar confesar. No hay manera de escoger bien.

—Si querías hacernos sufrir, lo has conseguido, caaa... chondo —apunta Gracia.

—La verdad es que quería ser igual que vosotros —explica Gonzalo, mirando fijamente en un tono jocos—. Sois mis amigos. Sin embargo, parece que jamás me hubiera integrado por completo en el grupo, es como si me faltara algo. Necesitaba jugarosla yo también, convertirme en un sinvergüenza como vosotros. Voy a daros vuestra parte del premio, pero no tengo intención de denunciaros.

Gonzalo les ha tomado el pelo de una manera despiadada y amable a la vez. Pensándolo bien, muy a su estilo, diferente, con un final dulce y cordial. Todos sonríen a los dos lados del cristal líquido. Los gestos se vuelven benévolos, la noche abandona su oscuridad y la suerte vuelve al cauce de los que la buscan. Javier respira aliviado. Gracia abraza a Andrés y este último toca la pantalla con su mano. Parece que quiere traspasarla.

Después de eso, se despiden con buenas palabras y ganas de volver a verse. Añadir más elementos sería empalagar. Ahora queda la tarea más complicada. Explicar qué es exactamente lo que ha ocurrido al resto de compañeros del grupo. Es importante no caer en la verborrea exagerada, porque la información lo ensucia todo. El exceso de información. Y las personas no necesitan eso. La gente necesita amigos, aunque sean imperfectos, personas con las que poder compartir sueños, vivencias, con las que equivocarse y

aprender, incluso en ocasiones con las que comportarse como un canalla.

AVISO AL LECTOR

Esta es una obra de ficción, a pesar de que ciertos lugares y nombres coincidan con algunos reales. Estos y los hechos mostrados en el libro son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

AGRADECIMIENTOS

Quería agradecer a todas aquellas personas que han estado cerca de mí durante la realización de este libro. Sobre todo a María, que es la que más me soporta, y a mis dos terremotos, Bruno y Lara, que me revolucionan el día a día y dan sentido a todo. También al resto de mi familia, que siempre son un apoyo y personas en las que fijarse, incluso a las que admirar. Gracias a Juan, Mila, Covi, Javi, Gonzalo, Gracia y Andrés, que en esta ocasión me han servido de inspiración y me han prestado desinteresadamente sus nombres de pila para esta obra; y sobre todo a Esther que además de prestarme el nombre es una amiga, confidente y buena compañera.

NOTA DEL AUTOR

Lector@, muchas gracias por haber dedicado un poco de tu tiempo a mi novela. Gracias de corazón, porque has contribuido a darle sentido a toda esa locura que se almacena en mi cabeza y que de vez cuando plasmo en forma de historias. Sin ti no sería lo mismo.

Si te ha gustado el libro puedes dejar una reseña en Amazon, Goodreads o donde tú quieras. Y si te apetece saber más sobre mí o sobre mis próximos títulos puedes pasarte por la web www.victor.herrero.net y/o por mis redes sociales. Además, allí puedes comentarme lo que te apetezca. Estaré encantado de hablar contigo. ¡Un abrazo grande!

RRSS: @vherreroramos